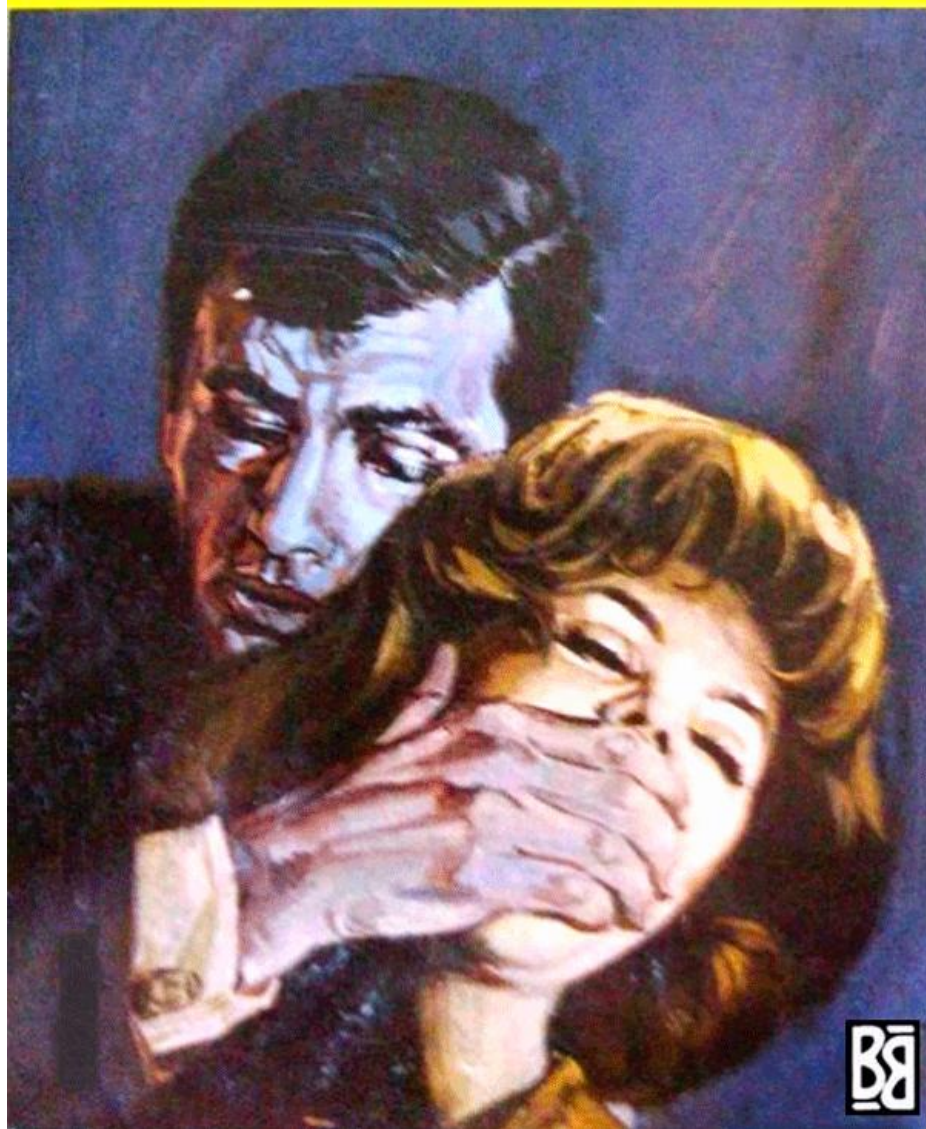


PUNTO
ROJO

24 horas de angustia

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



GORDON HALLIDAY



altamira



BURTON HARE

24 HORAS DE ANGUSTIA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 301
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 34.793 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1968

© BURTON HARE - 1968
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPERE - 1968
sobre la cubierta

© ALTAMIRA - 1968
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

1

Debido a una extraña concatenación de circunstancias, lo que pudo haber sido el crimen del siglo no pasó de un estallido de violencia. Fue una sucesión de reveses que llevaron a los criminales a un callejón sin salida, y a un hombre llamado Gordon Halliday al mismo borde de la muerte, cuando lo único que quería era declarar su amor y tener entre sus brazos a la mujer que amaba.

Realmente, la cosa no empezó con violencia. La noche tampoco hacía pensar en nada desagradable. Era cálida y estrellada, muy oscura, porque no había luna; pero el aire perfumado de la bahía impregnaba la atmósfera y el parpadeo de los millares de estrellas era un guiño burlón multiplicado en el infinito, como si estuvieran riéndose de toda la tierra.

Gordon Halliday había arrimado el coche a la acera. Vuelto hacia la muchacha, trataba por todos los medios de recordar lo que tantas veces había imaginado para ese instante crucial. Asombrado, descubrió que en su mente se había formado una laguna absoluta en la que no había nada.

Tampoco su voz lograba pasar más arriba de la garganta. Algo le estaba sucediendo a sus cuerdas vocales.

La joven dijo:

—Es muy tarde, Gordon. Tengo que entrar en casa...

—Ellen...

—Dime.

—Yo... este... me gustaría que...

—¿Sí, Gordon?

—Había pensado...

Ella le miró. Sus ojos, en la oscuridad, brillaban igual que las estrellas que parpadeaban sobre sus cabezas. A él se le antojaron de una belleza jamás vista. Deseó besarlos. Y estaba deseando besar aquellos labios también, rojos y húmedos, de trazo suave, que temblaban allí, tan cerca.

Ella susurró:

—Ha sido una velada maravillosa, Gordon... Nunca me había divertido tanto, de veras... pero ahora debo irme.

—¡Espera!

De nuevo le miró, intrigada.

El añadió, a trompicones:

—Soy un estúpido, Ellen. Te juro que lo tenía todo pensado, meditado. Había ensayado un lindo discurso... ahora no me sirve de nada. No recuerdo una maldita palabra...

—¿De qué estás hablando?

—¿No puedes adivinarlo por lo menos?

Ella se echó a reír. Si él no hubiera estado tan alterado habría captado la nota falsa de aquella risa.

—No, claro que no, Gordon...

—¡Condenación! Nunca pensé que eso fuera tan complicado. Todo lo que ocurre es que te quiero, ni más ni menos. Eso es, Ellen. Ahora ya lo sabes.

—¡Gordon!

El respiró como un fuelle. El haberlo soltado parecía haber apartado a un lado el tapón que entorpecía su garganta.

—Quería decírtelo con otras palabras, Ellen. Lo había pensado infinidad de veces... pero ahora no puedo. Es sorprendente, pero solo puedo decirte que te quiero. Así, sin adornos de ninguna clase... ¿Quieres casarte conmigo?

Ella se echó atrás en el asiento. El creyó escuchar un largo suspiro.

—Gordon, lo has dicho así, tan de repente...

—Bueno, no espero que puedas responderme en este instante, por supuesto. Ya sé que debes pensarlo y todas esas cosas... Pero ahora ya está dicho. Deseo casarme contigo porque estoy enamorado de ti.

—Eres muy amable... y cariñoso. Pero apenas nos conocemos, Gordon. Es precipitado...

—Comprendo —murmuró con desaliento.

—Oh, no dramatices ahora. Eres el muchacho más agradable con que he salido jamás. Pero, ¿cuántos días hace que nos conocemos?

—Una semana justa.

—Ahí tienes...

—Ellen...

—Esperemos un poco, ¿no te parece?

—¿Hay otro hombre?

—No se trata de eso.

—Pero lo hay.

—No eres el único hombre a quién conozco, desde luego. Pero no tengo compromiso con ninguno.

—Está bien, esperaré, Ellen. Sólo que no tengo todo el tiempo que yo quisiera. Tal vez deba salir de la ciudad en cualquier momento...

—Esa es otra cosa que me intriga de ti, Gordon, y que demuestra lo poco que nos conocemos; esas ausencias tuyas, tu misterioso trabajo... No sigues un horario fijo, siempre parece estar libre, excepto cuando desapareces inopinadamente.

—Puedo explicártelo todo satisfactoriamente, solo conque me des una esperanza.

Ella sonrió en la oscuridad. Sus dientes brillaron en atedio de los

tentadores labios.

—Esta noche no —susurró—. Además, me gusta pensar en ti como en el hombre misterioso de mi vida.

—Por favor, no te burles...

—¿Burlarme? No seas tonto... Toda mujer sueña con un misterio, con un hombre que aparecerá alguna vez en su vida como un torbellino... Tú eres ese hombre para mí.

No supo si gritar de alegría o tomarlo como una baria. Luego, cuando la muchacha abrió la portezuela, se inclinó hacia ella, sintiendo un escalofrío en sus nervios.

—Ellen...

—Buenas noches, Gordon.

Antes que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, ella había apretado su boca contra la suya. Creyó que los chispazos de las estrellas relampagueaban junto a sus ojos y que, de repente, el mundo entero se quedaba inmóvil, sin aire, sin sonido...

Ella se apartó precipitadamente, saltó fuera del coche y atravesó la acera casi corriendo. Cuando recobró la voz, exclamó:

—¡Ellen!

Se recostó contra el asiento. Si aquello no significaba algo más que una esperanza...

Embragó y el auto saltó hacia adelante con una sacudida. Durante unos segundos manejó descuidadamente, inmerso en un mundo rosado en el cual solo había una mujer y unos labios de fuego...

Era cuanto ansiaba, después de todo...

Esa declaración, precisamente en esa noche, fue una de las circunstancias que se encadenaron en la rueda del destino.

2

John Cobb, con sus cuarenta años encima, su escaso cabello y las gruesas gafas cabalgando sobre su nariz, era la imagen del perfecto burócrata, atildado y pulcro, meticuloso, pacífico...

Viudo desde hacía dos años, precisamente desde que naciera su hijita Verónica, había centrado su vida en la criatura. Ella era su meta, su razón de vivir, la justificación de su vida rutinaria y estéril, aburrida hasta el bostezo.

Afortunadamente, la niña llenaba el vacío dejado por la madre, y John Cobb tenía una poderosa razón para no entretenerse al salir del trabajo, a menos que sus obligaciones profesionales, lo precisasen... y esa noche lo habían exigido.

De modo que llegó a casa más tarde que de costumbre. Pensaba que ya no tendría tiempo de jugar con la chiquilla, colocándola sobre sus rodillas y riéndose de sus torpes balbuceos. La señorita Enefer era muy rígida en eso de cuidar de las costumbres horarias de la niña. Ya estaría acostada y durmiendo desde horas antes.

Casi una manzana antes de llegar al edificio donde vivía, observó el coche estacionado con la portezuela abierta. Le pareció distinguir a una pareja besándose apasionadamente. Demonios, no tenían sentido del pudor, besándose de aquella manera en plena calle...

Cuando se separaron, él apresuró el paso para que no creyeran que estaba observándolos. A veces, esos gamberros del volante son impulsivos... y él detestaba la violencia.

Pero un extraño cosquilleo en los nervios le recordó que hacía infinidad de meses que no sentía sobre los suyos unos labios de mujer.

Tal vez fue ese pensamiento lo que le obligó a volver la cabeza. Vio a la muchacha cruzar la acera. Se detuvo en seco al reconocerla. Entre dientes, masculló:

—¡Caray, Ellen!

Pensó que debería hablar muy seriamente con ella. Si aquel hombre del coche iba con buenas intenciones, bien, adelante. Pero debería presentarlo a la familia, ni más ni menos, y formalizar la situación. Eso de andar a semejantes horas besuqueándose en un auto no era decente.

Seguro, hablaría con Ellen muy seriamente.

Abrió la puerta del apartamento con la llave. Volvió a cerrar, cuidando de no hacer ruido para no despertar a la niña. Le extrañó que no hubiera luz en la salita, donde la joven que cuidaba de la criatura solía aguardarle cada noche.

Se dirigió a la cocina. La señorita Enefer debió estar preparándose un bocadillo, o un vaso de leche.

Pero también la cocina estaba a oscuras.

Volvió atrás. Conteniendo la voz, llamó:

—Señorita Enefer, ¿está usted ahí?

No obtuvo respuesta. Bien, solo podía hallarse en la habitación de la criatura; tal vez la niña se había despertado...

Anduvo de puntillas hacia el cuarto. Se detuvo y aplicó el oído a la puerta. Si la niña no dormía, no quería alborotarla abriendo la puerta.

Pero solo captó el inmenso silencio de la noche, concentrado entre las paredes del apartamento.

Comenzó a inquietarse de manera vaga. Quizá la niña estuviera enferma...

Abrió la puerta con infinidad de precauciones. La habitación, oscura, era un pozo negro en el que no penetraba más que un débil resplandor procedente del saloncito.

Entró, acercándose al pequeño lecho.

Estaba vacío.

Se enderezó como si acabara de ser víctima de una sacudida eléctrica.

¿Dónde estaba la niña?

¿Y la señorita Enefer?

Encendió la luz. Todo estaba en perfecto orden.

Su corazón golpeaba brutalmente contra las costillas. Sintió una especie de mareo. ¿Qué estaba sucediendo allí?

De repente, pensó que ya alguna vez la joven que cuidaba de la criatura había salido con ella, aprovechando el magnífico tiempo. Debía haber decidido visitar a alguna amiga...

Pero eso era absurdo. Cuando sucedía siempre le llamaba por teléfono para advertirle...

—¡Maude! —gritó con toda su voz.

Otro silencio.

Entonces creyó oír un leve roce en la habitación contigua, aquella en que la señorita Enefer dormía cuando debía quedarse por la noche.

De un salto, entró y encendió la luz.

Se quedó petrificado, anonadado como si acabara de ver al mismísimo demonio.

Una mujer estaba tendida en el suelo, sólidamente atada con unas cuerdas finas y duras. Una gruesa mordaza cubría su boca y sus ojos desorbitados miraban al recién llegado como si no le conociera.

—¡Maude! —gimió John Cobb, precipitándose hacia ella—. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está la niña?

Primero le arrancó la mordaza. No se dio cuenta que lo hacía con brutalidad, impulsado por sus ansias de saber.

—¿Dónde está la niña? —repitió, ahogando un quejido.

—¡Dios santo... se la han llevado...! —sollozó la mujer.

—¿Llevado? No comprendo... ¿Quién se la ha llevado, y dónde?

—Las cuerdas, por favor... me duelen horriblemente... ¡Por favor!

—Sí... sí, las cuerdas...

Trató de deshacer los nudos. Sus dedos resultaron demasiado torpes para conseguirlo. Ella gimió:

—¡Un cuchillo, señor Cobb... por favor...!

Corrió a la cocina. No pensaba. Sólo sentía una enorme angustia.

La niña había desaparecido.

Cortó las ligaduras y arrojó el cuchillo. Maude Enefer trató de restablecer la circulación de la sangre, tratándose enérgicamente las muñecas y los tobillos.

El insistió:

—¡Por amor de Dios, Maude! ¿Qué ha sucedido?

Ella contuvo los sollozos a duras penas.

—Han llamado a la puerta... Era poco más o menos la hora en que usted acostumbra a regresar. Se me ha ocurrido que quizá se había olvidado la llave y he abierto... Entonces han entrado ellos...

—¿Quiénes?

—Los dos hombres. Eran dos. Llevaban pistolas y se han colado de un salto. Uno de ellos me ha golpeado aquí cuando me disponía a gritar...

Se tocó un lado de la cabeza. Sólo entonces, Cobb descubrió la sangre seca que pegaba los cabellos.

—¿Qué ha sucedido después? —la apremió.

—No lo sé...

—¡Santo cielo! ¿Qué quiere decir que no lo sabe?

—He perdido el conocimiento. Cuando lo he recobrado, estaba en la habitación, a oscuras, atada y amordazada. Hasta que ha llegado usted.

Las piernas empezaron a fallarle a John Cobb. Retrocedió a trompicones y se derrumbó sobre una silla. No pudo contenerse por más tiempo y comenzó a llorar, porque todo el amor de su vida se hallaba concentrado en aquella criatura que alguien, absurdamente, había raptado.

Repentinamente, se levantó de un brinco.

—¡La policía! —gimió—. ¡Hay que avisar a la policía!

Corrió hacia la salita, donde estaba el teléfono. Se tambaleaba como un borracho. Su cabeza amenazaba con estallar...

Dejó caer su mano sobre el auricular.

Entonces vio la nota escrita con torpes mayúsculas.

La leyó:

«LLAME A LA POLICIA Y SU HIJA MORIRA».

El papel escapó de sus manos. Ya no cabía duda, un rapto. Absurdo.

—¡Están locos! —gritó a las paredes.

Al volverse, vio a la vacilante muchacha apoyada contra el umbral. Su voz era un quejido cuando le urgió:

—¿Por qué no llama? Cuanto más tiempo perdamos será peor...

Él se inclinó. Tomó la nota y se la tendió. Su mano temblaba violentamente.

—Lea esto.

Ella leyó. Tuvo que sentarse.

—¡Es horrible! —sollozó, cubriéndose la cara con las manos.

John Cobb también necesitó sentarse para no caer al suelo.

—Están locos —repitió en un susurro—. Se han equivocado... No tengo ningún dinero... ¿Qué esperan conseguir con esto? No poseo dinero...

—¿Cuánto tiene usted, señor Cobb?

—¿Qué? Apenas dos mil dólares ahorrados. Usted sabe los gastos que me ocasionó la enfermedad de mi mujer... y luego la clínica, y su muerte... Sí, no llega a dos mil dólares lo que tengo ahorrado ahora.

—No lo comprendo... Debe ser un error. Quizá nos devuelvan a la pequeña cuando se den cuenta de que usted no es el hombre que ellos imaginan.

—¿Lo cree usted realmente?

Ella asintió con un gesto.

—Dios la escuche.

Sólo que no era un error. John Cobb no tardó mucho en saberlo.

Y esa fue otra de las circunstancias que fraguaron el estallido.

3

El teléfono sonó justamente una hora después de la llegada de John Cobb a su apartamento. El hombre se precipitó al aparato. El auricular casi se le escapó de las manos, de tanto como le temblaban.

—¡Hable! —exclamó.

—¿Señor Cobb?

Era una voz profunda, bien modulada.

—Sí, ¿quién es usted?

—Ese es un detalle sin importancia. ¿Ha encontrado mi nota?

—¿Su nota?

—Escrita con mayúsculas, junto al teléfono.

—¡Dios! De modo que es usted...

—Ya veo que la ha encontrado. ¿Ha hecho caso de ella?

—¿Quiere decir si he llamado a la policía? No... no he avisado a nadie.

—Magnífico.

Cobb casi sollozó, al preguntar:

—¿Qué van a hacer con mi hija? ¿Dónde está?

—Eso no debe preocuparle en absoluto. Será bien atendida... siempre y cuando usted no haga ninguna tontería. La cuidaremos bien...

—¡Ustedes deben haberse equivocado! —gritó—. Se han llevado a mí pequeña creyendo que podrían sacarme dinero... Es un error. Apenas si tengo dos mil dólares en mi cuenta... y no creo que pudiera sacar ninguno más de mis amistades. No son ricos...

—Usted es John Cobb, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Entonces no hay ninguna equivocación.

—¡Es absurdo! —estalló—. ¿Qué es lo que pretenden?

—Cálmese.

—¡Oiga, la niña...!

—¡Le digo que se calme, antes de abrir su boca! Nada le ocurrirá a la pequeña, mientras usted siga al pie de la letra nuestras instrucciones.

—Muy bien, haré cualquier cosa, sea lo que sea, a cambio de mi pequeña.

—Así está bien. Además, es la única manera de que vuelva a verla viva, de modo que no tiene opción.

—¡Sí, sí, lo que quieran!

—¿Está esa linda chica con usted?

Desconcertado, Cobb tartamudeó:

—¿Qué... qué chica?

—Maude Enefer, la que cuida de su hija.

Cobb dirigió una mirada inquieta hacia donde la muchacha permanecía inmóvil, rígida, escuchando.

—Sí, está aquí.

—Bien, debe convencerla para que no diga una palabra a nadie de este asunto. Eso nos obligaría a librarnos de la criatura definitivamente.

—¡Maldito sea usted! No tienen...

—¡Cállese!

Se estremeció.

—Sí, sí... hable.

—Ella mantendrá la boca cerrada, igual que usted. Ahora, veamos, ¿quiénes pueden interesarse por su hija durante los dos siguientes días?

—¿Quiénes...? Mi cuñada, por supuesto. Vive a una manzana de aquí y suele venir a menudo a ver a la niña.

—¿Quién más?

—No sé... algún vecino... Nos aprecian mucho, especialmente a mí hija... Los demás parientes que tengo viven demasiado alejados para que vengan a mí casa.

—Usted tiene una hermana que vive en el campo.

Cobb dio un respingo. Lo sabían todo...

—Sí, se llama Francés y habita en una granja.

—Muy bien, dirá usted a su cuñada y a cuantos se interesen por la niña que la ha llevado a casa de su hermana por unos días. Puede hacerles entender que la chiquilla necesitaba un cambio de aires... Dirá también que Maude Enefer la ha acompañado. ¿Está claro?

—Sí... creo que sí.

—Eso disipará cualquier sospecha. Hágalo de manera convincente, Cobb, porque de usted solo depende la vida de su hija.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Tiene que hacerlo perfecto, a menos que quiera ver a su hija en un ataúd.

—¡No quiero que le pase nada a Verónica! ¿No les he dicho que haré todo lo que quieran?

—Bien, no se excite ahora. Por supuesto, la señorita Enefer deberá permanecer en su apartamento, fuera del alcance de los posibles curiosos. Para todo el mundo, ella estará en la granja en compañía de la pequeña. Tampoco usted deberá ponerse en contacto con ella para nada hasta que todo este asunto haya terminado. ¿Entendido?

—Sí.

—Eso es todo. Hágalo cuanto antes y que esa monada le ayude.

—¡Espere!

—¿Qué le pasa ahora?

—No me ha dicho qué debo hacer para que me devuelvan a mí hija.

—Ni se lo diré hasta el momento oportuno. Tómelo con calma. Le aseguro que la chiquilla estará muy bien atendida; no debe preocuparse por ese lado. Cuando llegue el instante preciso recibirá usted las últimas instrucciones.

—Entiendo —murmuró con desaliento—. ¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—No más de dos días.

Sonó un chasquido y la comunicación quedó cortada.

John Cobb depositó el auricular en el soporte. Buscó una silla y se dejó caer en ella, desesperado. Maude Enefer se le acercó.

—¿Qué le han dicho?

El levantó la cabeza. La bonita joven se inclinaba hacia él, inquieta y anhelante.

—Quieren que usted permanezca en su apartamento hasta que esto termine. Si alguien le pregunta, cuando salga de aquí, dirá que vamos a llevar a Verónica a casa de mi hermana, en el campo. Para todo el mundo, la niña estará allí, y usted con ella.

—Comprendo... ¿Cuánto dinero le piden?

—Eso es lo que no entiendo. Ningún dinero. Han dado a entender que es algo distinto lo que quieren.

—¿Qué?

—No me lo han dicho todavía. Pero no cabe duda de que están perfectamente enterados de mi vida, de mi situación actual, de mis parientes... Saben que tengo una hermana que vive en una granja y que alguna vez he mandado la niña para que la tuviera mi hermana Francés...

—No debe haberles resultado difícil averiguarlo. Usted es un hombre de costumbres fijas. No tiene secretos para nadie. ¿No han dicho cuándo volverán a llamarle?

—No.

—Está bien, guardaré el secreto, señor Cobb, confíe en mí.

Él la miró, agradecido. Luego susurró:

—Ahora debe irse. Procure pasar desapercibida al salir. Y recuerde que debe quedarse en su casa, sin salir y sin responder al teléfono. Para todo el mundo, usted estará en la granja con la niña...

—Ya he entendido eso. No tiene nada que temer por lo que a mí respecta.

—Gracias, Maude...

Al quedar solo, John Cobb se derrumbó materialmente sobre el lecho, sin desvestirse. Sentíase agotado, con la mente convertida en un caos,

dominado por una terrible angustia.

No habían transcurrido más de diez minutos cuando el teléfono volvió a dar señales de vida. Cobb dio un salto y corrió hacia el aparato como un loco, temiendo lo peor y sin saber muy bien qué era lo que en realidad le inspiraba aquel miedo. No podían ser los secuestradores...

Una voz de mujer preguntó, cuando se llevó el auricular al oído:

—¿Eres tú, John?

—¡Ellen! —exclamó.

—¿Cómo estás, y cómo está la niña?

—Bien... este... Sí, muy bien. Duerme, claro.

—¿Te ocurre algo, John? Te noto extraño, o quizá sea tu voz que no suena como de costumbre.

—¿Raro? Tonterías —jadeó, estremeciéndose—. Estoy perfectamente.

—Sólo quería saber cómo seguía la niña. Tal vez vaya mañana a verla, si tengo un momento libre...

—¡No, no vengas...!

—Sí.

Se arrepintió al instante de ese arranque. La voz extrañada de su cuñada, indagó:

—¿Por qué no, John? Oye... ¿estás seguro que te encuentras bien?

—Sí, sí, seguro. No sé por qué he dicho eso... Oye, la verdad es que voy a mandar a la niña con Francés. La señorita Enefer la acompañará. Por eso lo he dicho, porque no la encontrarías aquí...

Hubo una ligera pausa al otro lado. Un sudor helado se deslizaba por la piel del atribulado Cobb, el cual solo ansiaba colgar o, por lo menos cambiar de conversación.

Entonces se le ocurrió un nuevo tema y exclamó:

—Ahora que recuerdo, Ellen... Esta noche te he visto...

Oyó una leve risita burlona.

—Ya imaginaba que habías sido tú —dijo la muchacha—. Me ha parecido verte cuando atravesaba la acera. ¿Tienes muchos reproches en cartera?

—Bueno, la verdad es que no está nada bien que andes con hombres, besándoles en los coches...

—No pluralices —siguió riendo Ellen—. Es un chico muy agradable.

—¿Charles Wate tal vez?

—¿Charles? No, por supuesto que no. Se llama Gordon... Es un hombre misterioso en extremo. Me fascina, John.

—¡Ellen! —exclamó—. ¿Cómo te atreves a hablar así? A tu edad deberías tener más sentido común...

—¡Pero si lo tengo, John! —rio la muchacha—. Pero no puedo evitar el sentirme fascinada por él. Es fuerte, bien parecido... y misterioso en extremo. Algo que vuelve locas a todas las mujeres. Además, esta noche

me ha pedido que me case con él.

—De modo que... —repentinamente, un escalofrío se deslizó por su espalda. Con voz estrangulada susurró—: ¿Qué quieres decir con eso de que es un hombre misterioso?

—Oh, bueno... No es como los demás jóvenes con quienes he salido. En absoluto. Gordon no parece preocuparse mucho por los horarios de trabajo... Y, de vez en cuando, tiene que salir de la ciudad. Hace siete días que le conozco... Bueno, ya se ha esfumado una vez. Me intriga.

—Dios santo...

Fue solo un jadeo, pero Ellen captó el tono alterado de su voz.

—¿Qué te ocurre, John, he dicho algo que no debía?

—No... todo está bien. ¿Dónde le conociste?

—¿A Gordon? Una tarde, hace una semana. Me libró de un sinvergüenza que me asediaba descaradamente en una esquina. Era un bruto obsceno y malhablado. Gordon solo necesitó sujetarlo por el hombro y el tipo quedó igual que paralizado. Te aseguro que fue la mar de divertido. Todavía no comprendo cómo lo consiguió, pero quedó inmóvil, pálido y temblando...

Cuanto más escuchaba, más violenta era la agitación que se apoderaba de Cobb.

Con voz estrangulada susurró:

—¿Cuál es su nombre completo, Ellen?

—Gordon Halliday. ¿Por qué?

—Nada... solo que tengo el deber de velar por ti... Eres poco más que una niña...

—No exageres. Tengo veintitrés años.

—Y yo cuarenta, de modo que debes hacerme caso. ¿Dónde vive ese hombre?

—Pero, John, ¿a qué viene todo esto? Y tu voz sigue sonando rara...

—Figuraciones tuyas. ¿Dónde vive?

—¿Por qué quieres saberlo? No nos hemos comprometido todavía... Podría disgustarse mucho sí...

—Quiero hacer discretas averiguaciones sobre él, Ellen. Si decides aceptarlo al final, será mejor que sepamos primero qué clase de hombre es.

—Nunca cambiarás, John. Yo sé muy bien que es un hombre excelente. Vive en el edificio Wenworth, pero no quiero que hagas nada acerca de él, ¿entiendes? yo sé la clase de hombre que puede ser si se enfada.

—No te preocupes; esperaré a ver en qué para lo tuyo con él. Pero si lleva buenas intenciones deberías presentarlo a la familia...

—Tú y tus rígidas ideas... Está bien, lo pensaré si decido aceptarlo. Me preocupa lo que él pueda pensar cuando se entere de cuál es mi trabajo.

—Ya te advertí desde un principio que eso no era digno de una chica como tú... ¡Cantar en un cabaret!

—Lo dices como si fuera algo tan terrible...

—De modo que él no sabe que trabajas en ese antro...

—¿Antro? ¡Pero si es un lugar muy agradable...! ¿De qué clase de madera estás hecho, John? No comprendo cómo mi hermana llegó a enamorarse de ti... Está bien, perdóname. Eres un hombre excelente, desde luego. Oye, ¿cuánto tiempo va a quedarse la niña en casa de tu hermana?

—Pues no sé... quizá una semana. Dependerá de Francés...

Tras una ligera pausa, ella dijo como despedida:

—Está bien, solo quería interesarme por ella. Y en cuanto a Gordon, no te entrometas, John. Yo sé cómo resolver...

—De acuerdo, pero ten mucho cuidado, Ellen. Esos individuos misteriosos, que no tienen un empleo fijo, no son de confianza.

Ella cortó la comunicación, riéndose. El hizo lo mismo y se quedó inmóvil, pensando en aquel hombre lleno de misterio... Sólo hacía una semana que su cuñada lo conocía...

Repentinamente, tomó el sombrero y salió a la calle.

4

John Cobb se detuvo en la entrada del edificio. Era un lugar de buen aspecto, confortable. Había un conserje de noche leyendo un periódico junto a los dos ascensores.

Cobb vaciló. No sabía muy bien por qué había llegado hasta el edificio Wenworth, solo su tremenda angustia le impulsaba a hacer cualquier cosa para recobrar a su adorada chiquilla. Se estremecía cada vez que la imaginaba en poder de los raptos. Pensaba de la manera brutal cómo la tratarían...

El conserje levantó la cabeza y le descubrió, plantado en el portal sin atreverse a avanzar.

Al verse descubierto entró. Sus pasos torpes le llevaron hasta el hombre de uniforme gris. Vio que era un anciano de casi sesenta años, delgado y con trazas de poca salud.

—¿Qué puedo hacer por usted? —cacareó el viejo, sin levantarse de su silla.

—Yo... Verá, solo se trata de...

—¿Sí?

—¿Vive aquí un hombre llamado Halliday? Gordon Halliday es un nombre completo.

—Sí, claro que sí. Apartamiento veintiuno. Pero no pretenderá subir a estas horas.

—No... Realmente, no deseo ser molesto.

—Bien, ¿qué es lo que quiere entonces?

Titubeó. Empezaba a arrepentirse de haber dado semejante paso.

Sólo se le ocurrió una salida, y no precisamente la mejor.

Dijo:

—Deseo enterarme de la clase de hombre que es, usted comprende... El... Halliday, pretende casarse con mi cuñada. He de saber quién es, cuáles son sus medios de vida...

El anciano le miró con la sorpresa retratada en su rostro surcado de arrugas.

—¿Y se le ocurre hacer esas averiguaciones a estas horas de la noche? Pues sí que...

—Perdone...

—No importa. Pero tampoco puedo hacer mucho por usted. El señor Halliday es un joven simpático que vive aquí desde hace unos meses. No sé siquiera en qué trabaja, pero desde luego no observa un horario fijo.

—Ya veo. Oiga, ¿qué sabe de su familia?

El viejo se encogió de hombros.

—Nada. Vive solo. Nunca recibe visitas. Llegó a la ciudad procedente del Este, de modo que si tiene familia la tendrá en el lugar de donde vino.

Desconcertado, Cobb buscó desesperadamente una pregunta definitiva, algo que pudiera aclararle si sus sospechas tenían un fundamento.

No la encontró, porque se dio cuenta que aquello no era su fuerte.

Todo lo que dijo fue:

—¿Está él ahora en su apartamento?

—Sí. Ha llegado bastante tarde.

Entonces, como un chispazo, saltó:

—¿Sabe si ha efectuado una llamada telefónica?

El vejete se echó a reír.

—¿Pero qué cree que es esto? No hay centralita aquí.

Los teléfonos de los apartamentos son directos. Menudo trabajo si no fuera así.

—Debí haberlo supuesto, claro... Bien, lo siento, no quise molestarle...

—No se preocupe. Me aburro aquí solo, de modo que cuando aparece alguien como usted le da amenidad a la noche.

—Adiós.

Cobb giró sobre sus talones y abandonó el edificio. Fuera, levantó la cabeza. ¿Cuál de aquellas ventanas sería la del hombre misterioso?

Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que Halliday, fuese quien fuere, tenía algo que ver con el rapto. Seguro, solo se había acercado a Ellen para averiguar los detalles de lo que le interesaba...

Un hombre cargado de misterio... Pero, ¿qué podía hacer?

Podía recurrir a la policía, dando cuenta del rapto y haciendo que Halliday fuera detenido e interrogado. ¿Y luego qué?

Se estremeció. No tenía salida. Debía resignarse. Echó a andar, cabizbajo. Resolvió que no haría nada en absoluto. Obedecería a los raptos. Todo lo que deseaba era recuperar a la niña sana y salva.

Esa decisión le infundió una ligera esperanza. Le devolverían a la niña, por supuesto. No tendrían necesidad de hacerle ningún daño... La criatura no representaría ningún peligro para ellos. Jamás podría identificarlos debido a su corta edad...

Avivó el paso. Iba a resultar una noche eterna.

* * *

Gordon Halliday salió de la ducha frotándose furiosamente con la áspera toalla de baño. Después se puso los pantalones y se dirigió al

teléfono. Sus músculos resaltaban, poderosos, en su cuerpo pletórico de fuerza y juventud.

Cuando obtuvo comunicación dijo:

—Habla Halliday. ¿Alguna noticia?

—Hola, Gordon —exclamó una voz bronca—. ¿Te silban los oídos o qué?

—¿Deberían silbarme?

—Han estado hablando de ti durante una hora. ¡Qué conferencia, muchacho!

—¿Y el resultado, Grey?

—Parece que vas a salir entero esta vez. Pero a la próxima te crucificarán.

—Bueno, ¿quieres decir que sigo en activo?

—Por supuesto. Escucha, lograste el objetivo, ¿no es eso? Lo demás, el que casi lo mataras con esa paliza, será olvidado. Aunque nadie se atreva a declararlo en voz alta, Lewitt se la tenía ganada y tú le diste lo que merecía.

—Entonces, ¿cuándo vengo por la oficina?

—Aguarda un poco. Todo debe ser según las reglas más estrictas. Te llamarán y tendrás que soportar un sermón. Tras esto todo lo demás será olvidado.

—Okey, me devuelves la confianza en mí mismo, Grey. Gracias por las noticias.

—Olvidalo. Sólo trata de sentar un poco tu cabezota, eso es todo.

Se echó a reír. Al otro extremo de la línea colgaran y él hizo lo mismo. Bueno, era una estupenda manera de empezar el día.

Acabó de vestirse, pero antes de anudarse la corbata volvió a descolgar el teléfono y llamó a casa de Ellen.

No obtuvo respuesta. Frunció el ceño. ¿Dónde podía estar a esas horas de la mañana?

Se anudó la corbata. Después de ponerse la chaqueta titubeó. No había puntualizado con Grey la hora aproximada en que le llamarían...

Al diablo. Que esperasen.

Salió. Desayunó en un bar y tras esto fue en busca de su coche.

Media hora después detenía el auto frente a la casa de Ellen.

Una mujer de unos cincuenta y tantos años, pulcra y sonriente, acudió a la llamada.

—Busco a Ellen —dijo atropelladamente—. No ha respondido al teléfono.

La mujer enarcó las cejas.

—No había nadie en casa. Yo acabo de regresar de la compra. Y Ellen ha salido temprano...

—¿Es su hija?

—En efecto. Y usted debe ser el señor Halliday...

—¿Le ha hablado de mí?

—Bueno, me dijo que iba a salir con usted anoche. Era su noche libre, usted sabe.

—Sí, claro que lo sé...

—¿Habían quedado citados para esta mañana?

—No, realmente no. Pero he pensado que podríamos aprovechar el día yendo a la playa.

La mujer achicó los ojos. Pareció titubear, pero al fin dijo:

—¿Usted conoce el trabajo de Ellen?

—Sé que canta en un club.

Un largo suspiro escapó de los labios de la mujer.

—Y ella que temía que usted se molestaría cuando lo supiera...

—¿Le dijo eso?

—Oí que lo comentaba por teléfono con John... John Cobb es mi yerno, usted sabe. Viudo de mi hija mayor. Él se considera a sí mismo como el hombre de la familia. Como yo también soy viuda...

—Entiendo. ¿No puede haber ido a casa de John?

—Tal vez. Suele ir a menudo para ver a la niña, pero... En fin, él vive en el número doscientos seis de esta misma calle, apartamento treinta. Si quiere ver si está allí, hágalo.

—Gracias. Si ella regresa entretanto, díglele que me espere, por favor.

Ella asintió y le vio marchar sonriendo. Le gustó la decisión del muchacho, la fortaleza física que delataba la anchura de sus hombros y la agilidad de sus movimientos. Pensó en aquello de la mente sana en cuerpo sano y asintió levemente para sí. Ellen sería muy tonta si lo dejaba escapar...

Gordon Halliday subió las escaleras de la casa y llamó al timbre de aquella puerta, preparándose para ver aparecer el rostro adorado de Ellen.

Más no fue ella quien le abrió la puerta, sino un hombre de unos cuarenta años, bastante calvo y con profundos círculos amoratados alrededor de los ojos, como si hubiera pasado toda la noche sin dormir.

—¿Qué desea? —le espetó el hombre, sin amabilidad.

—¿Está aquí Ellen? Me llamo Gordon Halliday y...

—¡Usted!

—¿Qué le pasa? No creo que me conozca, como yo tampoco le conocía a usted...

—No... perdone... Ellen no está aquí.

—Su madre pensaba que quizá había venido a ver a la niña.

—¿Ha hablado usted con la madre de Ellen?

—Sí, claro.

—¿Y no le ha dicho que la niña está fuera de la ciudad, en una granja, con mi hermana?

—No, realmente no me ha dicho nada de eso...

—¡Pues debió decírselo! La chiquilla está con mi hermana Francés... Eso es, en el campo.

—Bien, supongo que eso deberá encantarle a su hija. Pero yo solo deseaba ver a Ellen. Siento haberle molestado.

—No importa...

Gordon agudizó la mirada y la clavó en el rostro desencajado de aquel hombre. Observó que sus manos temblaban violentamente.

—¿Está seguro que se encuentra bien? —insistió—. Si puedo hacer algo por usted...

—¡Estoy perfectamente! ¿Por qué cree que me pasa algo?

—Usted es quien lo dice todo. Sólo que tiene mala cara.

—Insomnio. He pasado una mala noche.

—Claro, claro... Bien, celebro haberle conocido. Buenos días.

Bajó las escaleras sintiendo sobre sí la mirada extraña de aquel hombre. Desde luego, algo le sucedía... ¿O tendría a alguna chica escondida en el apartamento? Si era viudo y estaba solo...

Se echó a reír cuando estuvo en la acera. Vaya cara de susto que había puesto aquel tipo... De repente pensó que solo se había asustado al oír su nombre, no al verle la primera vez, cuando abrió la puerta.

Quizá estuviera un poco borracho.

Volvió a llamar a casa de la muchacha. Más tampoco tuvo suerte esta vez.

—No ha regresado —le informó la madre—. Si quiere entrar y esperarla...

—No, gracias, no deseo abusar. Ya volveré. O la Mamaré por teléfono más tarde. Ha sido usted muy amable, señora.

Se metió en el coche, alejándose sin prisas. Decidió regresar a su piso por si le llamaban. Empezaba a cansarse de tan larga inactividad.

Sin saber cómo, el recuerdo de Cobb acudió a su mente con claridad. De nuevo pensó en su extraño miedo, y en su vehemencia para informarle que su hija estaba en una granja, con una hermana o algo así... ¿Qué demonios le importaba a él donde estuviera una chiquilla que ni siquiera conocía?

Decididamente, aquel tipo, Cobb, no estaba bien de la azotea.

Habría que ver la cara de Ellen si le dijera eso...

5

El brillante foco se centraba sobre la muchacha, erguida en medio de la pequeña pista. El resto del local estaba sumido en una penumbra densa en la que flotaba el espeso humo del tabaco.

La orquesta inició unos compases melódicos, fue creciendo de tono, como un lamento de amor, y luego se amortiguó para dar entrada a la hermosa cantante.

Ellen desgranó una canción sentimental que hablaba de amor no correspondido, de nostalgias de otros horizontes y de días en los que los labios del hombre que amaba le darían la vida que sin ellos se extinguía.

Llevaba un ajustado vestido de noche rojo, abierto por un lado hasta el muslo. Cada vez que se movía la luz hería la suavidad mórbida de su pierna perfecta.

Su rostro, a pesar del maquillaje, era delicioso, hermoso bajo el chorro de luz. Un pesado silencio reinaba en el local mientras la canción cobraba vuelos de angustia y desesperación.

Ella se deslizó dando la vuelta a la pista, muy cerca de las mesas. Sentía sobre sí los ojos invisibles de docenas de hombres, pendientes de su figura, de sus movimientos y de su voz.

Y de repente creyó ver la cara de él. Estuvo a punto de quedarse cortada, pero un férreo esfuerzo de voluntad la ayudó a seguir adelante.

No podía ser Gordon. Debía haberse equivocado en la oscuridad.

La canción terminó y una cerrada salva de aplausos premió su trabajo. Retrocediendo, apartó las cortinas que había al lado de la orquesta y se internó por el pasillo de los camerinos. Sentía su corazón golpearle fuertemente en el pecho a causa del temor de que fuera Gordon quien había creído ver cerca de la barra...

De repente se detuvo. Había un hombre plantado al lado de la puerta de su camerino. En el primer instante creyó que se trataba de Gordon otra vez. Luego lanzó un suspiro de alivio.

—Hola, Charles —saludó, deteniéndose.

—¿Qué tal, Ellen? Cada día es más difícil verte.

Era un hombre de unos treinta años, alto y delgado, pero de complexión fuerte. Su rostro era regular y tenía unos ojos oscuros y profundos que miraban de frente.

—Estoy muy ocupada, Charles. Ya sabes... preparar nuevas canciones, ensayar...

—Y salir de paseo con un tipo.

—¿Qué dices?

—Lo sé, nena. ¿Quién es él?

—Un amigo mío, lo mismo que lo eres tú.

—Pero yo...

—Por favor, no lo repitas. Ya te dije que de momento no deseaba atarme con ningún hombre. Estoy muy bien así. Gano bastante dinero y ganaré más cuando renueve el contrato. Puede decirse que ahora empiezo y tú sabes lo que me costó subir un poco en mi carrera.

—Una carrera que te obliga a exhibirte ante una docena de babosos.

—¡Charles!

—Lo siento... ¿Dejarás que te acompañe esta noche, cuando termines?

Ella sacudió la cabeza.

—No, Charles. He de quedarme ensayando en la salita de arriba. Además, a esas horas de la noche no me gusta que... Bueno, ya sabes cómo es la gente de la vecindad donde vivo.

—Está bien, otra vez tendré más suerte.

La miró fijo, recorriéndola con la mirada de arriba abajo. Ella se sintió incómoda y molesta. Abrió la puerta del camerino y murmuró:

—Buenas noches. Charles.

—Adiós.

Entró y cerró apresuradamente.

Charles era un buen muchacho, pero había algo en él que la disgustaba. Quizá fuera su manera de mirarla, como si la desnudase con los ojos...

Sentada ante el espejo examinó su maquillaje. Estaba bien. Sólo debía cambiarse de traje antes de su próximo número.

Comenzó a soltar los botones de la espalda mientras se dirigía hacia el biombo tras el cual estaba el nuevo vestido.

Entonces llamaron a la puerta. Se detuvo.

—¿Quién?

En lugar de una respuesta, la puerta se abrió de golpe y entró un hombre corpulento, de cara rojiza y ojos porcinos. Era alto y su grueso cuello apenas si era visible bajo la gran cabeza.

Cerró a sus espaldas y la contempló descaradamente.

—Hola, preciosidad.

—¿Quién es usted?

—Puedes llamarme Jagger. ¡El gran Jagger, nena!

—¡Salga de aquí!

Una risotada fue la respuesta. El hombrón avanzó y fue a sentarse a la banqueta del tocador que ella había dejado libre.

—No te alteres, pequeña. Quiero tener una exhibición para mí solo,

¿entiendes? Soy un tipo exigente en materia de espectáculos. Lo quiero todo para mí...

De nuevo río. Su voz semejó un mugido.

Ellen apretó los labios para contenerse. Primero pensó que el tipo estaba borracho, pero pronto se dio cuenta de que esa impresión era falsa.

—Salga inmediatamente o llamaré para que le echen a puntapiés.

—Tú no harás nada de eso, nena. Serás amable con Jagger... Muy amable, porque cuando me enfado suelo ser muy peligroso. Sé que para tu siguiente número has de cambiarte de vestido. Muy bien, adelante, hazlo.

—¿Estando usted aquí?

Resueltamente, Ellen echó a andar hacia la puerta. Los dos matones que cuidaban del orden en el local le darían su merecido al insolente.

Pero Jagger, con una agilidad impropia de su tamaño, saltó hacia ella, sujetándola por las muñecas.

—Despacio, paloma... despacio. No hagas que me enfade...

—¡Suélteme!

—Todavía no. Vas a darme un beso, ¿eh? Para que seamos buenos amigos... después te cambiarás de vestido...

—¡Suélteme, salvaje! —chilló—. ¡Me hace daño!

—Te haré daño de verdad si no eres buena chica...

—¡Déjeme!

Repentinamente, la puerta se abrió con violencia y un hombre quedó enmarcado en el umbral. Un hombre que abarcó la situación con una sola mirada.

Ellen volvió la cabeza.

—¡Gordon! —jadeó.

—¡Déjela, bastardo!

El hombrón obedeció. Abarcó de una sola mirada al intruso. Sonrió con suficiencia.

—Los caballeros de la Tabla Redonda pasaron a la historia, compañero. Lárguese de aquí.

Gordon avanzó con un brillo salvaje en sus ojos grises.

—Alguien debe enseñarle modales —gruñó entre dientes.

Ellen trató de detenerlo.

—¡No, Gordon! Llamaré a...

—¡Apártate!

Ella se acurrucó contra la pared. Vio la corpulencia del desconocido y temió por Gordon.

Este dijo:

—Cuando salga usted de aquí, hijo de perra, lo hará en camilla para que recuerde que es peligroso asaltar a una mujer.

—No hable tanto...

De pronto disparó su enorme puño contando con la sorpresa. Gordon

había esperado semejante ataque, pero incluso así el golpe le alcanzó de refilón lanzándolo contra la pared. Fue como si le hubiera golpeado la cox de una mula.

Sacudió la cabeza cuando Jagger se le venía encima de nuevo.

Gordon le paró con un tremendo trallazo en el hígado, que arrancó un aullido al hombrón. Luego le descargó un izquierdazo en el plexo solar y Jagger salió dando traspiés hasta encontrar el tocador, en el cual se apoyó para recobrar el resuello. Ahora ya sabía que a pesar de su tamaño, había tropezado con un enemigo muy peligroso... Quizá el más peligroso que había encontrado jamás.

Esperó a que Gordon le atacase. Recibió un impacto de refilón, pero consiguió que su derecha llegara al pómulo del joven, lanzando un grito de triunfo al verlo retroceder a trompicones. Saltó adelante. Pudo cazar una vez más a Gordon con un demoledor puñetazo en el estómago que lo dobló en dos.

—Querías representar el papel de héroe... —jadeó con un rugido.

Gordon trató de alcanzarle con un zurdazo, pero falló y el mismo impulsó le dejó inerte ante el rodillazo de Jagger, que estuvo a punto de derribarlo, terminando con la pelea.

Ellen sollozó.

Una risotada brutal le demostró que Jagger se sabía vencedor.

Sólo que había adelantado demasiado los acontecimientos.

Gordon extrajo fuerzas de cada músculo y, rechinando los dientes, se irguió. Impulsando el puño con todo su peso, asestó un espeluznante directo a la boca de su enemigo. Algunos dientes saltaron y un surtidor de sangre brotó de los labios rotos. Luego, aprovechando el momentáneo desconcierto producido por la sangre, le estrelló el puño izquierdo en la nariz. Sonó un chasquido y Gordon supo que se la había roto sin ninguna duda.

Jagger retrocedió a saltos, escupiendo sangre por la nariz y la boca, mugiendo furiosamente, cegado de dolor. No podía creer que aquello le estuviera sucediendo a él, un coloso con la fuerza de un oso...

Pero no podía saber que, aunque su fuerza hubiera sido cien veces superior, jamás hubiera podido vencer a Gordon Halliday, porque este luchaba por la mujer que amaba, y parecía haber perdido el control de sí mismo. Sólo a la presencia de Ellen se debía el que hubiera podido soportar el brutal ataque, y devolver los golpes con una potencia demoledora.

—Te mataré... —jadeó Jagger—. He de matarte... ahora...

Avanzó con la cabeza baja y los puños en ristre, loco de furor.

Un gancho que surgió de alguna parte estalló en su mentón, obligándole a levantar la cabeza. Un segundo mazazo acabó de incrustarle la nariz en la cara y una rodilla, que subió como un ariete, se hundió más

abajo de su estómago, tirándole de espaldas.

Se levantó tambaleándose, sostenido por sus ansias homicidas. Gordon saltó sobre él, acorralándolo en un rincón. La puerta se abrió, pero el joven no lo advirtió y siguió disparando puñetazos con la velocidad de una máquina de trincar carne.

El rostro de Jagger se convirtió en una máscara horrible de sangre y cartílagos rotos, con la boca destrozada y los ojos casi cerrados por los salvajes impactos de aquel hombre que parecía dispuesto a matarlo a golpes sin asomo de piedad.

Unos brazos robustos los separaron. Los dos matones del local tuvieron que emplearse a fondo para contener a Gordon, que se debatía para seguir machacando al intruso que se había atrevido a asaltar a Ellen...

—¡Oh, Gordon!

Se la encontró sobre su pecho y eso fue suficiente para que todo su furor se desvaneciera. Le dejaron libre y la abrazó, apretándola contra sí como si aún temiera perderla...

Por encima del hombro de la muchacha vio el corpachón hundido y sangrante y sintió un escalofrío.

Una voz dijo:

—¿Qué infiernos ha pasado aquí?

Se volvió. El propietario del local contemplaba la escena estupefacto, con un puro colgándole de los dientes apretados. Era un hombre obeso y bajo, de calva cabeza y ojos diminutos cargados de astucia.

—Este... tipo ha intentado abusar de Ellen —explicó Gordon torpemente.

—¿Usted lo ha puesto así?

—Sí...

—¿Usted solo?

Gordon apartó a Ellen suavemente.

—No necesito ayuda para dar su merecido a un bastardo —gruñó, contemplando sus nudillos sangrantes y despellejados—. Si quiere comprobarlo...

—¡Al diablo! Se lo ganó. Sáquenlo de aquí, muchachos —ordenó a sus hombres—. Déjenlo tirado en el callejón, el aire fresco le sentará bien.

—¿Le conoce usted?

—Lo tengo visto en el club, pero no sé quién es. Ni me interesa. Echen esa basura fuera de aquí.

Los dos matones arrastraron al inconsciente y corpulento individuo y cerraron la puerta al salir.

Ellen temblaba. El dueño del club soltó un juramento.

—¿Crees que podrás actuar otra vez, muchacha? —indagó.

—Preferiría que me dejara marchar, señor Holden...

—Lo comprendo. Ya encontraré la manera de disculparte ante mis

clientes. Debería pedirle daños y perjuicios a ese bruto de ahí fuera... —se echó a reír—. ¿Quieres que te lleve a casa, Ellen?

—Yo me encargaré de eso —intervino Gordon.

—Sí, ya supongo que la escoltará usted. De todas formas, cuídela. Es mi mejor atracción.

Salió, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Ellen... ¿vas a cambiarte de ropa?

—Sí, ahora mismo. Ha sido tan horrible, Gordon...

—Olvídalo. Ya pasó. Te aguardaré fuera.

—Sólo un minuto...

De pronto, se encontraron uno en brazos del otro, apretados casi con desesperación. Sus labios se movieron y el beso estalló con tanta violencia como la pelea anterior.

Sólo que este era un combate dulce que podía haber durado el resto de la noche.

Ella susurró:

—¿Sabías que cantaba aquí?

—Claro.

—¿Y... y no te importa?

—Todavía no. Me importará cuando me aceptes.

—Gracias, Gordon.

El salió. Los puños le dolían y los golpes recibidos aumentaban su latido doloroso por instantes.

No obstante, aquello no importaba, porque ahora ya sabía que ella también le amaba.

Un beso como aquel no podía mentir.

6

El coche se apartó de la acera y emprendió la marcha. Ellen murmuró:

—Es muy pronto, Gordon. Mamá empezará a hacerme preguntas si regreso ahora... Prefiero que demos un paseo.

—Estupendo.

Manejó con cuidado, sin prisa. El silencio se prolongó un buen rato, hasta que ella dijo:

—Ha sido espantoso, Gordon... Ese hombre... podías haberlo matado.

—No he podido controlarme, tú sabes...

—Comprendo.

—Creo que me hacía falta esa pelea. Me ha despejado la mente. Ahora podría recitarte todo lo que tenía pensado decirte anoche... pero creo que es un poco tarde para eso. Ya te dije que te quería, de modo que es absurdo repetirlo una y otra vez. No he podido dejar de pensar en ti ni un instante.

—Lo de esta noche tal vez haya aclarado muchas más cosas de las que imaginas...

—¿A qué te refieres?

—Yo temía decirte que cantaba en un club. No sabía cómo reaccionarías. Ahora me siento mucho mejor, Gordon... De veras.

—¿Y...?

—Quiero decir que ya todo está bien para mí. El señor Molden se quedará sin su estrella.

El detuvo el coche con una sacudida.

—¿Lo dices de veras?

—Sí.

—Mírame.

Ella ladeó la cabeza. Sus ojos relucían y sus labios, temblando, quedaban muy cerca de él.

—¿Quieres decir con todo eso, que has tomado una decisión respecto a lo que te dije anoche?

Ella asintió con un gesto. Luego susurró:

—He decidido cazarte antes que puedas escaparte, Gordon.

—¡Ellen!

La apartó sobre su pecho y durante unos instantes fue incapaz de hablar. Luego, buscó sus labios y los oprimió bajo los suyos, como si quisiera sellar así aquel momento supremo de felicidad.

Después, cuando las aguas volvieron a su cauce y la razón se impuso, dijo entre dientes:

—Siento tentaciones de buscar a ese gorila de Jagger y darle las gracias por lo de esta noche. Él ha provocado todo esto...

Otra vez la besó. Y de nuevo se sintió el rey del mundo y no le hubiese importado que la noche se prolongara eternamente, porque ella estaba entre sus brazos y todo lo demás no contaba para nada.

Minutos más tarde, ella se deslizó por el asiento hasta quedar acurrucada contra él, con la cabeza apoyada en su hombro.

No hablaron. Les bastaba con saberse tan cerca uno del otro.

Hasta que Ellen murmuró:

—Demos ese paseo, ¿quieres?

—Por supuesto.

Manejó con una sola mano, porque su brazo seguía aprisionando a la muchacha. Ni el uno ni el otro se fijaron en el paisaje que recorrían.

Y cuando ella decidió que ya era hora de regresar, Gordon necesitó de toda su atención para descubrir dónde se encontraban y orientarse para volver a la ciudad.

La calle estaba desierta cuando detuvo el auto ante la casa. La besó una vez más, antes de dejarla salir. Luego, ella abrió la portezuela y susurró:

—Mañana hablaré con el señor Holden... para que no siga creyendo que renovaré el contrato. ¿Está bien así?

—De acuerdo. Buenas noches, amor.

—Buenas noches, querido.

Él se alejó y ella permaneció en la acera hasta que el auto se perdió en la distancia. Sólo entonces se dirigió a la entrada, buscando la llave dentro de su bolso.

Fue en aquel instante que la sombra se apartó del seto y se plantó ante ella, cerrándole el paso.

—¡Charles! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—He querido convencerte de que estabas tomándome el pelo, nena.

—¿Cómo te atreves...?

—He visto cómo te besaba. Ese individuo debe tener algo que no has sabido ver en mí, ¿no es cierto?

—Mira, tú y yo hemos sido buenos amigos. No lo estropees todo ahora. Estoy enamorada de él, eso es todo. No se puede mandar en estas cosas...

—Muy romántico. Pero no creas que voy a conformarme así, con esa facilidad.

—¡Charles! Te prohíbo que...

—¡Oh, cállate! —la atajó él—. Siempre me has gustado. Ha habido

noches que he creído volverme loco al pensar en ti horas y horas... No dejaré que venga un cualquiera y me arrebate tu cariño.

—No tienes ningún derecho a inmiscuirte en mi vida.

—Averiguaré quién es el tipo. Ya veremos qué sale de todo esto.

—Sólo puedo decirte una cosa, Charles —dijo Ellen con voz helada—. Celebro no haberte aceptado nunca, porque eres ruin y cobarde. Si él descubre que estás molestándome verás lo que sucede.

Él se apartó, ahogando un juramento. Luego giró sobre sus talones y se alejó calle abajo.

Ellen suspiró. De todos modos, no había sido tan difícil, después de todo.

Titubeó. Si su madre estaba despierta tendría que decírselo, y esa noche no se sentía dispuesta a contárselo a nadie. Toda aquella felicidad era suya, exclusivamente suya. No deseaba compartirla...

Abrió la puerta y entró, cerrando con cuidado. Su madre dormía.

Subió a su habitación y se encerró dentro. No pudo encontrar el sueño por ninguna parte.

* * *

John Cobb aplastó el cigarrillo. Debería reaccionar o tendría disgustos. Había sufrido dos errores en los cálculos durante su trabajo. Y todo el mundo se había dado cuenta de que algo andaba mal.

Tal vez si se decidiera a beber un poco... Nunca había bebido *whisky*. Era poco digno, pero en esas circunstancias...

Se debatía en esa duda, cuando el teléfono rompió el silencio del apartamento. Lo descolgó y oyó aquella voz que ya conocía y que le producía escalofríos.

—¿Señor Cobb?

—Al habla. ¿Cómo está la niña?

—Perfectamente. Duerme. Ya le dije que no debía preocuparse por ella. Está bien atendida.

—¡Pero no puedo dejar de preocuparme! Es tan pequeña, y precisa de tantos cuidados...

—Tiene todos los cuidados que pueda necesitar. Y basta de esa charla. Le he llamado para darle instrucciones.

—Está bien; cuanto antes terminemos, mejor.

—¿Quién se ha interesado por la pequeña?

—Mi cuñada. Le dije lo de mi hermana, y no volvió a llamar.

—Bien, ¿alguien más?

—No.

—Eso facilita las cosas.

—Oiga, he pensado que si es preciso puedo hipotecar mi apartamento. Es de propiedad, ¿comprende? Y puedo vender el coche y...

—Minucias.

—¿Qué?

—No nos hemos tomado tanto trabajo para conformarnos con unos miles de dólares.

—Entonces, por el amor de Dios, ¿qué quieren de mí?

—Setecientos mil dólares.

Cobb cayó hacia atrás, sobre una silla que chirrió por el impacto.

—¿Están locos o es una burla? —gimió.

—Setecientos mil, poco más o menos, señor Cobb. Los que mañana por la noche habrá encerrados en la caja fuerte del Banco en que usted trabaja.

Fue como una llamarada de comprensión.

—¡Dios santo! ¿Cómo puedo ayudarles a robar ese dinero? No soy más que el cajero.

—Ahí está.

—Pero... jamás lo conseguirán. La bóveda acorazada tiene un sistema de seguridad infalible... Ni siquiera yo mismo podría abrirla fuera de la hora fija que queda señalada en el mecanismo.

—Cálmese. El plan es sencillo. Y no puede fallar, porque está calculado en sus menores detalles. Todo el secreto está en la llave.

—¿La llave?

—Sí. Veamos, cuénteme cómo funciona ese maldito sistema de seguridad. Hágalo con tranquilidad. Luego le explicaré qué debe usted hacer. Es algo tan sencillo que le asombrará.

—No... no lo conseguirán.

—¡Basta!

Hubo una pausa, tras la cual, Cobb balbució:

—Muy bien, lo haré, sea lo que sea.

—Así me gusta. Ahora cuénteme todo ese complicado mecanismo.

—En realidad, es sencillo, pero inviolable. Todo consiste en el juego de llaves y en el aparato que bloquea el cierre de la bóveda hasta la hora determinada en que va a ser abierta.

—Muy bien... supongamos que usted la cierra ahora. Imagine que son las cinco, hora en que termina su trabajo. ¿Qué hace usted?

—Dos ayudantes me acompañan hasta la bóveda con el dinero que hay para guardar en ella. El director está ya abajo, con una llavecita que me entrega para que la inserte y abra la puerta acorazada. Pero esa puerta ha sido previamente ajustada para ser abierta con esa llave precisamente, y a esa hora.

—¿Es una hora justa, sin margen?

—No, claro que no. Podríamos encontrarnos alguna vez que fuera Preciso abrir más tarde, y en ese caso el dinero se quedaría sin guardar. Hay un margen de cinco horas. Pero lo verdaderamente importante reside en la llave. Hay una para cada ocasión. Cinco llaves en total.

—Una para cada día...

—Eso es.

—Siga.

—Esa llave está siempre guardada, con las demás, en la caja fuerte que hay en el despacho del director. El saca la necesaria para el día, baja a la bóveda, me la da y yo abro con ella. Después marco la combinación y la puerta se abre. La misma llave, al girar, desconecta el sistema de alarma.

—Adelante, ¿qué sigue?

—Encerramos el dinero. Cierro. Le devuelvo la llavecita al director, y eso es todo. Pero al día siguiente, por la mañana, es necesaria una llave distinta para abrir. Y debe ser hecho a la hora en que se ha señalado en el mecanismo interior de la bóveda.

—Perfecto. Entonces, tenemos un margen de cinco horas, después que usted cierra la bóveda acorazada, ¿no es así?

—Por supuesto, pero aun contando con que yo les diga la combinación, no podrían abrir sin la llave.

—Es que usted, amigo Cobb, va a facilitarnos no solo la combinación, sino también la llave.

—¡Imposible! El director no se aparta de mí. Pie de devolvérsela inmediatamente...

—Claro, claro, usted se la devolverá.

Le pareció que aquella voz estaba cargada de burla. Cobb se tambaleó. Aquello significaba la ruina de su vida. Años y años de sacrificarse con una puntualidad matemática, renunciando a diversiones, concentrándose única y exclusivamente en escalar puestos en su trabajo a costa de lo que fuere, de indignidades, de renunciaciones, de pequeñas traiciones...

Estuvo tentado de negarse en redondo. Quizá no se atrevieran a hacerle ningún daño a la niña...

—Dígame cómo he de hacerlo —susurró, ahogando un sollozo.

—Cuando salga usted a comer, mañana, tome asiento en su mesa de costumbre. No haga nada. Alguien se le acercará para pedirle lumbre. Usted le dará su caja de cerillas. Durante el tiempo que él tarde en encender su cigarrillo, cambiará la caja por otra que llevará preparada, y dentro de la cual encontrará usted una llavecita del mismo tamaño que la utilizada en la bóveda. Esa será la llave que usted le devolverá al director una vez cerrada la caja, por la tarde. Todo lo que tiene que hacer es un simple escamoteo, fácil de realizar mientras traslada el dinero al interior de la cámara acorazada.

—¡Pero él notará la diferencia!

—No, a menos que examine la llave con todo cuidado una vez devuelta por usted.

—Aun así, cuando se descubra el robo sabrán que yo he intervenido... verán que la llave ha sido cambiada...

—Tardarán cierto tiempo en verlo. Por otra parte, ese es un problema suyo, amigo. Le daremos dinero suficiente para que se largue con su niña. Es cuanto podemos hacer por usted.

—Pero... no saldrá bien...

—Mire, cuando usted haya hecho el cambiaso, deje lo demás de nuestra cuenta.

—¿Y me devolverán a la niña?

—Naturalmente. No vamos a cargar con esa cría.

—¿Cómo he de entregarles la llave?

—Es sencillo. La dejará usted sujeta al volante de su coche con un trozo de papel adhesivo. A la rueda del volante. ¿Comprendido?

—Sí...

—Aparcará usted en el lugar acostumbrado. Nosotros la recogeremos. Junto con la llave deberá dejar un pequeño papel con la combinación de la cámara acorazada. ¿Alguna duda?

—No... ¿Cuándo me devolverán a mí hija? ¿Después que haga todo eso?

—Tan pronto hayamos vaciado el Banco.

—¡Pero entonces solo se preocuparán de escapar! Deben devolvérmela antes... cuando recojan la llave...

—¿Para que tan pronto tenga a la chiquilla corra a denunciarnos? No nos crea tan estúpidos. Una vez terminado el trabajo volveré a llamarle, diciéndole dónde podrá encontrar a su hija. Junto con la criatura hallará usted diez mil dólares para que pueda largarse. En cualquier país sudamericano podrá empezar de nuevo con esa cantidad.

—Destrozan toda mi vida... me convierten en uno de ustedes...

—No se queje, estamos siendo muy considerados con usted. Ah, por si tiene usted ideas locas, he de decirle que el tipo que se le acercará para pedirle las cerillas no es uno de nosotros. Será un cualquiera, al que pagaremos para ese trabajo, de modo que incluso deteniéndolo, no salvaría a su niña. ¿Está claro?

—Sí...

—Muy bien. Espero, por el bien de su hija, que no cometa ninguna idiotez. Eso es todo.

Sonó un chasquido y Cobb quedóse con el auricular en la mano, tembloroso y asustado hasta el pánico.

Después colgó y siguió sentado en la silla como idiotizado, con una mirada desorbitada y vacía en sus ojos, agrandados por los cristales de las gafas.

Dentro del terror que le invadía, un sordo furor iba tomando cuerpo. Estaba captando todo el alcance de lo que iba a hacer. La catástrofe que significaría para su vida... siempre debería huir... de un país a otro, como un animal perseguido...

Entonces sonó el teléfono de nuevo, produciéndole un sobresalto.

Lo descolgó de un manotazo. Ciego de ira impotente, gritó:

—¿Qué quiere ahora, no le basta con el daño que me ha hecho? Tendrá usted su maldita llave y podrá vaciar la bóveda, pero déjeme en paz de una vez...

No oyó nada, ninguna respuesta. Se tambaleó.

—¿Quién está al aparato? —jadeó.

Solo le respondió el ruido de la comunicación al ser cortada.

7

Envuelto en una bata de noche, Gordon abrió la puerta y se quedó rígido al ver a la muchacha.

—¡Ellen! —exclamó.

Ella entró rápidamente.

—Cierra la puerta, Gordon, por favor. No quiero que me vean aquí.

—Muy bien, pero cálmate. ¿Qué sucede?

Ella se echó en sus brazos, dejándose acariciar por el joven y experimentando de nuevo aquella sensación de seguridad al hallarse entre sus brazos.

—Dime —insistió—. ¿Qué te ha sucedido?

—No lo sé, pero no sabía a quién recurrir... Por eso he venido a ti, querido.

—Has hecho bien, sea lo que sea lo que te ha alterado. Serénate y cuéntamelo con detalle. ¿Quieres beber algo?

—No... Se trata de mi cuñado...

—Sigue.

—Después de separarme de ti me he encerrado en mi habitación. Quería estar sola, ¿comprendes?

Gordon sonrió, asintiendo.

—Bien, después he pensado en una conversación que tuve con él. John es un hombre rígido, de ideas conservadoras y puritanas. Se me ha ocurrido decirle que me había enamorado de ti y que todos sus temores ya no le servían de nada. En realidad, deseaba burlarme un poco de él...

—¿Y qué?

—He intentado llamarle por teléfono dos o tres veces, su aparato daba la señal de comunicar. Al fin, he conseguido que lo cogiera... y antes de que yo pudiera decir una palabra, él ha empezado a hablar de una manera tan violenta y absurda que me ha asustado. He colgado sin decir una sola palabra, Gordon.

—No veo la gravedad de la situación. Si le has despertado a estas horas de la noche, forzosamente debe haber respondido furiosamente.

—No... no estaba durmiendo. Había estado comunicando por teléfono solo unos minutos antes.

—Está bien, a ver si logro comprenderlo. ¿Qué te ha dicho él, al

descolgar el aparato?

—No recuerdo exactamente sus palabras, Gordon. Me ha pillado tan desprevenida... pero ha sido algo referente a una llave y a que podrían vaciar la bóveda con ella, pero que le dejasen en paz entretanto. Te repito que no son sus palabras exactas, pero he comprendido eso.

—Parece una charada... Una llave, y una bóveda para vaciar. ¿A qué podía referirse?

—No lo sé. Pero su voz era histérica...

—¿Qué tal hombre es tu cuñado?

—Sensato. Metódico como un reloj. Desesperante con su rutina.

—¿Y en qué se ocupa?

—Es cajero.

Gordon Halliday se enderezó.

—¿Cajero? —repitió.

—Trabaja en el Banco de Comercio local.

El joven sintió un escalofrío. Una bóveda... Podía tratarse de la bóveda acorazada de un Banco...

Ellen vio la crispación de sus rasgos.

—¿Qué piensas, querido?

—No tengo suficientes elementos para pensar. Ni siquiera sé cómo es tu cuñado. Sólo lo vi durante un minuto, cuando iba en tu busca...

—No puedes figurarte la clase de hombre que es. Sólo vive para su trabajo y para su hijita. Es una criatura adorable, pero él la quiere hasta la exageración. Al morir mi hermana, trasladó todo su cariño a la niña.

—Un momento... déjame pensar... Ahora me pregunto por qué mostró tanto interés en informarme de que había mandado a su hija con una hermana que vive en una granja...

—¿También te lo dijo a ti?

—Sí.

—Lo ha hecho una o dos veces desde que enviudó.

—¿Quién cuida de la niña?

—Una muchacha. Hace meses que trabaja en casa de John... Es muy eficiente y está loca por la niña. John dice que ha tenido mucha suerte al poder contar con ella.

—Bien, ¿qué es concretamente lo que temes?

—No lo sé. Sólo me he asustado al oír su voz alterada y aquellas palabras incomprensibles para mí.

—¿Cuántos años lleva trabajando en ese Banco?

—Muchos... Veinte por lo menos. Empezó allí y ya no se ha movido.

—Hay un par de cosas que me intrigan del comportamiento de tu cuñado —reconoció Gordon, pensativo—. Por ejemplo, ¿por qué tanto interés en que yo, un perfecto desconocido, supiera que su hija estaba fuera de la ciudad? Además... Pero es mejor enfocar el asunto desde otro

ángulo...

Calló. Se paseó de un lado a otro durante unos minutos, hasta que se detuvo frente a Ellen con el ceño fruncido.

—¿Tiene teléfono esa hermana campesina?

—Sí...

—Llámalas.

—¿A estas horas?

—Ahora mismo. Pregúntale cómo está la niña de tu cuñado. Dile que estabas intranquila, porque no parecía encontrarse muy bien estos últimos días.

Ella le contempló cada vez más asustada.

—Realmente, Gordon, ¿en qué estás pensando?

—En nada concreto. ¿Quieres telefonar?

—Sí... por supuesto.

Tardó unos minutos en establecer comunicación, pero al fin una voz soñolienta dijo:

—Habla Francés Milton. ¿Quién está al aparato?

—Soy Ellen, Francés...

—¡Ellen! ¿Pasa algo malo?

—No, no, en absoluto.

—Entonces, ¿por qué telefoneas a estas horas?

—Acabo de terminar el trabajo, Francés... Lamento haberte despertado, pero estoy algo inquieta por la chiquilla.

—¿Qué chiquilla?

—La de John, por supuesto.

—No te comprendo. ¿Qué pasa con la niña, está enferma?

Ellen comenzó a temblar.

—¿No está ahí, contigo?

—¿Quién, Verónica? Claro que no. ¿Qué sucede, Ellen? Me inquietas...

—Entonces debe haber cambiado de idea. Todo se reduce a que John me dijo que iba a enviártela...

—¿A Verónica?

—Sí... pero la niña creo que no estaba muy bien estos días. Por eso quería saber si estaba contigo...

—Pues no. John debió cambiar de parecer. ¿Crees que debo llamarle para enterarme del estado de la niña?

—¡Oh, no! No lo hagas. Se extrañaría al saber que yo había telefonado... sería capaz de pensar sabe Dios qué cosas... Ya sabes cómo es él.

—Sí, por supuesto que lo sé. Pero no dejes de telefonarme mañana para indicarme si está enferma. ¿Lo harás?

—Naturalmente. Buenas noches, Francés.

Colgó y se quedó mirando el auricular igual que si hubiera perdido la

facultad de moverse.

—No está en la granja, ¿eh? —gruñó Gordon.

—No... Me engañó, pero, ¿por qué lo haría?

—Quizá es todo muy sencillo y nosotros estamos complicándolo. En realidad, puede ser cierto que cambiase de idea y decidiera no enviar a la niña...

—¡Pero si me dijo...!

—Sí, sí; a mí también me dijo que ya la había enviado.

—Me voy a su casa —decidió Ellen de repente.

—Espera un minuto. Supongamos que todo es una falsa alarma y que la pequeña está durmiendo pacíficamente. ¿Qué excusa piensas darle para no llenarlo de alarmantes suspicacias?

—No lo sé...

—Entonces, no hagas nada de momento. Hay que moverse con discreción.

Ellen le miró con insistencia. Se agarró a sus brazos como si deseara que le infundiera confianza.

—¿Qué puede haber sucedido, Gordon?

—No lo sé. ¿Dónde vive esa chica que cuida de la niña?

—No sé su dirección, pero se llama Maude Enefer. Debe figurar en la guía telefónica.

El buscó el nombre y cuando lo encontró llamó al teléfono indicado. No obtuvo respuesta por más que estuvo intentándolo repetidamente.

—No responde...

Ellen se encontró sin saber qué decisión tomar. No sabía exactamente por qué estaba tan asustada.

—¿A qué hora sale de casa tu cuñado?

—Antes de las ocho, ¿por qué?

Él se encogió de hombros.

—Esperaremos a que esté fuera para hacer una visita al apartamento. Si esa señorita Enefer está allí y la niña sigue bien, podrás quedarte tranquila y no habrás alarmado a John Cobb. ¿Te parece bien?

—Sí, creo que es lo mejor.

Se miraron largamente. Poco a poco, él la atrajo hacia su pecho y buscó sus labios hasta sentirlos vibrar bajo los suyos.

Fue en aquel instante cuando el mundo dejó de existir para los dos. Fue una sensación de vértigo, como si estuvieran suspendidos en el espacio.

Hasta que ella susurró, con sus labios todavía rozando los del muchacho.

—Sigues siendo el hombre misterioso de mi vida, cariño... porque todavía no sé nada de ti.

—No hay mucho que contar.

—Por poco que sea...

—Soy una especie de polizonte, ¿sabes?

—¿Tú?

—Seguro. Agente especial del FBI.

Ella se apartó unas pulgadas, las justas para poder mirarlo a la cara.

—¡Un *G-man*! —exclamó, atónita.

—¿Tienes prejuicios contra los agentes federales?

Ella se echó a reír y le besó fugazmente.

—Sólo cuando pienso en los impuestos —dijo.

De nuevo, sus brazos subieron para cerrarse sobre su cuello, y una vez más la pasión estalló entre los dos para elevarles a cimas jamás imaginadas.

Para ellos, la noche fue corta.

La voz de su compañero Grey tenía la misma entonación un tanto burlona que ya le conocía.

—Será mañana por la mañana, Gordon —le dijo—. El jefe te esperará con las uñas afiladas y el reglamento abierto sobre su mesa.

—Bien, lo importante es que todo se reduzca a una reprimenda.

—Creo que eso será todo, aunque Levitt ha resultado ser un pez mucho más grande de lo que habíamos supuesto. Por otra parte, está reponiéndose bien de la paliza, de modo que cuando llegue ante un tribunal no le quedarán señales. Entre nosotros, muchacho, te pasaste de rosca sacudiéndole.

—Deberé controlar mis impulsos de ahora en adelante —refunfuñó, pensando en Jagger y su rostro tumefacto.

—Eso es todo lo que tenía que decirte, amigo. Mañana por la mañana oírás sonar las campanas junto a tus oídos. Suerte.

Colgaron casi al unísono. De modo que no iban a suspenderle. Había estado de suerte. Luego se dijo que quizá a la mañana siguiente las cosas fueran muy distintas de como Grey las imaginaba, porque estaba dispuesto a meterse en otro asunto sin notificarlo a sus jefes. Quizá pudiera borrar el mal paso dado... o tal vez se repitiese la suerte y, en ese caso, podría empezar a buscarse un empleo en otra parte.

Se encogió de hombros. Al demonio con el reglamento.

Media hora más tarde se reunía con Ellen en las cercanías de la casa de John Cobb.

—¿Se ha marchado ya? —preguntó.

—Hace más de quince minutos. ¿Subimos?

—Claro. Veremos qué tiene que decimos esa señorita Enefer.

Pero esperaron en vano que ella les abriera la puerta. Nadie respondió a sus llamadas.

—Desde luego, ni la niña ni esa mujer están aquí —rezongó el agente federal.

—Yo tengo una llave... Era de mi hermana...

—Bien, supongo que estando en tu compañía, no podrán acusarme de allanamiento de morada. Dame esa llave.

Abrió la puerta y entraron, cerrando con cuidado.

El primer examen les reveló que el apartamento estaba desierto. La cuna de la niña, perfectamente ordenada, no contenía señales de haber

sido utilizada recientemente.

En el saloncito, Gordon se fijó en el cenicero rebosante de colillas y cigarrillos a medio fumar. Pero no pudo encontrar un solo vaso sucio de licor.

—¿Es abstemio tu cuñado? —preguntó.

—Nunca ha querido beber.

—Bien, eso explica que haya fumado tanto y no haya bebido. No cabe duda que estaba nervioso. Hay cigarrillos a los que solo aplicó la cerilla y los aplastó inmediatamente. Y el cenicero está junto al teléfono...

—¿Qué puede haber ocurrido, Gordon?

—Prefiero no opinar por el momento.

Inició una metódica búsqueda, esforzándose por no dejar rastro de su paso. Ellen le miraba y a cada segundo sentíase más asustada.

De pronto le vio ponerse rígido y quedar inmóvil, contemplando un trozo de papel que sostenía entre sus dedos. Se acercó y, por encima de su hombro, leyó:

«LLAME A LA POLICIA Y SU HIJA MORIRA».

—¡Dios santo! —jadeó.

—Un raptó —gruñó él—. Lo que imaginaba...

Se guardó el papel. Su mano cayó sobre el teléfono, pero las dos de Ellen se la sujetaron antes de que pudiera levantar el auricular.

—¡No, Gordon! —exclamó—. No puedes hacer eso... Ya has leído esa nota...

El titubeó. De nuevo sentíase impelido a actuar a espaldas del reglamento, solo que esta vez era a causa de aquella mujer que le volvía loco...

Era un buen pretexto, pero que no le valdría ante sus jefes.

—Está bien —accedió—; veré qué puedo hacer sin dar cuenta a la oficina.

—Lo que no comprendo es por qué han hecho una cosa así... John no tiene dinero para pagar un rescate.

—Pero lo tiene el Banco donde trabaja.

—¿Quieres decir...?

Su voz se extinguió. Él dijo entre dientes:

—Recuerda lo que te dijo por teléfono. El creyó que quien llamaba era el secuestrador, con el que había estado hablando todo el tiempo que tú no pudiste comunicar con él. Habló de una llave, y de vaciar una bóveda... La cámara acorazada de un Banco se llama también «bóveda acorazada». Quieren obligarle a que les ayude a desvalijar el Banco, ni más ni menos.

—Y por eso se llevaron a la pequeña.

—Es una palanca infalible.

—Pero... ¿y la señorita Enefer? Debe estar enterada de todo...

—Seguro. Pero si le han obligado a callar a él, lo mismo habrán hecho con esa mujer. De todas formas, más tarde trataré de verla y hacerle hablar.

—Y yo, ¿qué puedo hacer, querido?

—Permanecer al margen —fue la seca respuesta—. Esta es una clase de juego muy rudo... Ese tipo, sea quien sea, sabe que si le cazan irá derecho a la silla caliente, de modo que se lo juega todo a una carta.

—Pero el pobre John...

—Olvidate de él ahora. Vas a regresar a tu casa y permanecerás en ella hasta que sea hora de ir al cabaret. Entonces saldrás y harás tu vida normal...

—Sí, creo que eso será lo mejor.

—Y no olvides despedirte de tu patrón. Ahora sí empieza a importarme ese trabajo tuyo. ¿De acuerdo?

—Estás resultándome un tipo mandón, ¿eh?

—Claro, soy polizonte.

La besó suavemente. Luego, abandonaron el apartamento y una vez en la calle ella le sujetó por los brazos y le miró casi con desesperación.

—Gordon...

—Dime, cariño.

—Encuentra a la niña. Si le sucediera algo...

El asintió con un gesto. Puso en marcha su coche y se alejó, dejando a la angustiada muchacha en la acera.

Cuando también emprendió el camino de su casa, no pudo advertir que un hombre la seguía con la mirada desde el interior de un coche aparcado muy cerca...

* * *

Maude Enefer abrió la puerta con una llave y entró. A pesar de que era de día, las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas, de modo que el apartamento aparecía sumido en una semipenumbra que se le antojó muy acogedora.

Con voz contenida, preguntó:

—¿Estás ahí, querido?

Una voz de hombre, desde una habitación interior, respondió:

—Claro que estoy aquí. No enciendas la luz y ven aquí. Hay un vaso esperándote.

Ella se despojó de los guantes y del bolso, que dejó sobre una mesilla. Luego entró en la habitación. Vagamente, distinguió al hombre tendido en un gran diván.

—¿A qué viene esa oscuridad? —preguntó, inclinándose.

Sus labios presionaron los del hombre. Él se limitó a levantar los brazos

y apretó la cara de Maude contra la suya.

—Estoy agotado, pequeña —dijo después—. Por eso prefiero la oscuridad. Estaba a punto de dormirme cuando tú has llegado.

—¿Ha habido alguna dificultad?

—Ninguna. Todo ha salido bien.

—¿Te dará la llave?

—Y la combinación. Ese tipo está deseando colaborar. Siempre he dicho que el espíritu paternal es una gran cosa...

Se echó a reír. Ella murmuró:

—Ahora sé que todo saldrá bien, amor. Eres un genio.

—No te alborotes por eso todavía. Falta lo más importante.

—Bah, Cobb hará el cambio de llaves. ¿Qué puedes temer después? No se atreverá a denunciar el plan por temor a que le pase algo a la niña, de manera que tendremos tiempo de largarnos con la fortuna antes de que nadie pueda sospechar siquiera

Se recostó en el diván, junto al hombre. De pronto indagó:

—¿Y la pequeña?

—Está bien, no te preocupes. Contraté una enfermera para que la cuide. Le dije que era hija de un hermano mío que había tenido que salir de viaje con urgencia. Están en el apartamento de la calle Bourbon.

—¿No crees que es un riesgo muy grande?

—En absoluto. La enfermera se tragó el anzuelo con caña y todo.

—Pero, cuando vayas a buscar a la niña para devolvérsela a Cobb...

—No te preocupes. Le diré solamente dónde está y lo demás correrá de su cuenta.

—Está bien, lo dejo todo en tus manos. Sólo procura que no le suceda nada a la criatura, ¿entiendes?

—¿Vas a ponerte sentimental ahora?

—Desde el principio te dije que la seguridad de la niña debía quedar asegurada.

—Estás volviéndote insoportable, Maude —estalló él—. ¿Crees que me importa esa cría? Por mí podría irse al diablo, pero la dejaré en paz para que estés satisfecha. Y ahora, cállate. Quiero dormir un poco.

—¿No extrañarán tu ausencia en el Banco?

—Les he mandado una nota, diciéndoles que me encontraba enfermo. Para cuando comiencen a sospechar, ya estaré lejos

—¿Sólo tú?

—¡Los dos, los dos! —gruñó de mal talante—. Déjame en paz, ¿quieren?

Ella se calló, contemplando al hombre que había cerrado los ojos y respiraba con regularidad.

Retrocedió en sus recuerdos. Nunca había poseído dinero suficiente para sentirse bien del todo. Y luego, tras conocer a aquel hombre, la vida

se había convertido en un torbellino y estaba en camino de embolsarse una fortuna enorme...

De pronto, sin abrir los ojos, él dijo:

—A propósito, Mande; no debiste venir...

—¿Por qué? Deseaba estar contigo. Te echo de menos...

—No te pongas tierna ahora. Me conviene que sigas en tu apartamento sin moverme.

—¿Por qué? Cobb no irá a verme, y en cuanto a los vecinos...

—No se trata de nada de eso. Pero yo le di tu teléfono a la enfermera, por sí pasaba algo. No quise darle el de este piso, porque paso la mayor parte del día fuera. No me gustaba que llamase y tú no estuvieras allí.

—Está bien, me iré. Pero se me antoja que de un tiempo a esta parte todo es distinto entre tú y yo...

—Tonterías.

—Algo ha cambiado, querido, y no he sido yo, Tal vez la perspectiva de todo ese montón de dinero... ¿Has pensado quizá que cuando lo tengas yo seré poca cosa para ti?

—Estás diciendo tonterías.

—No son tonterías. ¿O quizá hay otra mujer?

—¿Te importaría mucho si La hubiese?

—¡Claro que me importaría! ¿De qué material estás hecho? Te lo he dado todo a cambio de nada, y tú lo sabes. Además, me he comprometido contigo en este asunto. ¿Crees que sin mí hubieras podido apoderarte de la niña tan fácilmente?

—Bueno, quizá hubiesen surgido algunas dificultades, pero estoy seguro de que habría seguido adelante sin ti, de manera que no alborotes más de la cuenta.

—Eres... eres...

Él se incorporó pesadamente.

—Dilo... Vamos, acaba —la desafió.

—¡Hay otra mujer!

—Vete al demonio.

—¡La hay, ahora estoy segura!

—Está bien, como quieras.

—¿Crees que me he arriesgado para que una golfa cualquiera se lleve los beneficios de este negocio? ¡Estás loco si piensas eso!

—Cállate ya...

—¡No voy a callarme! Has estado burlándote de mí... Y yo lo sabía, pero me negaba a creerlo. ¿Quién es ella, bastardo?

—Una princesa india, ni más ni menos. Y lárgate ya. Me produces dolor de cabeza.

—Días atrás no decías eso. Estabas loco por mí. Jurabas que me querías... por eso accedí a tu plan. Y ahora... ¡Pero estás muy equivocado

si crees que podrás burlarte de mi con tanta facilidad!

—Todo eso te lo cueces tú misma. Y cállate de una maldita vez... Quiero descansar. ¿Olvidas que esta noche haré el trabajo?

—¡Un trabajo para ella! Para una zorra cualquiera...

La mano del hombre volteó en la oscuridad y se estrelló sonoramente contra la mejilla de Maude, que retrocedió a trompicones, con todas las furias del infierno desatándose en su interior.

—¡Me has golpeado, cobarde...! —jadeó—. Te has atrevido a pegarme... ¡Pero yo sabré ajustarte bien las cuentas!

Salió precipitadamente, taconeando, hacia donde había dejado el bolso y los guantes. Estaba calzándose estos cuando el hombre se colocó a su espalda.

—¿Adónde vas? —inquirió.

Ella estaba demasiado furiosa y despechada para reflexionar.

—A ver a Cobb. Se lo contaré todo y que él se encargue de que te den lo que mereces.

—Tú no harás nada de eso.

—¡Ya lo creo que lo haré! —saltó, fuera de sí—. No consentiré que te llenes de dinero para disfrutarlo con una cualquiera...

—Te he dicho que no irás a ninguna parte.

Ella hizo un gesto de desprecio. Justo cuando acababa de ponerse los guantes, murmuró:

—He arriesgado el cuello lo mismo que tú... ¡Qué cómodo sería para esa fulana llegar a embolsarse los beneficios! No, amigo... No te reirás de mí.

—Escúchame, Maude...

—¡Júrame que no hay otra mujer!

—Estás loca... rematadamente loca.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?

—¿Qué más esperabas?

Maude giró sobre los altos tacones y se dirigió a la puerta.

Fue cuando se disponía a girar el tirador, que las garras se cerraron en torno a su cuello. Sintió cómo los dedos se hundían salvajemente, lacerándole la garganta...

Trató de gritar, pero aquellos garfios de acero se lo impidieron.

Se debatió con la fuerza de la desesperación, pero era demasiado débil para la fortaleza de él. Luchó luego para llevar un soplo de aire a sus pulmones y no lo consiguió. Aquellas garras...

De pronto, él aumentó la presión. El blanco cuello se dobló en un ángulo escalofriante.

Entonces la soltó, mirándola mientras se desplomaba en el suelo igual que un fardo.

—Te lo has buscado —fue todo lo que dijo el hombre.

Se dirigió a la cocina, donde se preparó un buen trago para recobrar el ánimo. Después, empezó a pensar en la manera más práctica de librarse del cadáver... estaba seguro de que se le ocurriría algo.

9

Gordon Halliday entró en el vestíbulo y se dirigió a los ascensores resueltamente. Se cruzó con un hombre alto y le pareció que no era la primera vez que lo veía, aunque no pudo estar seguro, porque el desconocido salió a la calle antes que pudiera volver a mirarlo con más atención.

Subió hasta el apartamento que buscaba, oprimió el botón del timbre y aguardó. No obtuvo respuesta.

Insistió un par de veces más, con el mismo resultado negativo. Tras esto, reflexionó sobre lo que le esperaba a la mañana siguiente en el despacho del jefe de la oficina federal de San Francisco y se estremeció. Luego dedicó un corto pensamiento al reglamento del que estaban tan orgullosos, el mismo que él había quebrantado y por lo cual se había ganado unos días de zozobra, temiendo que fuera expulsado del Cuerpo...

Decidió, filosóficamente, que si todavía pertenecía a la mejor policía de la nación, podía correr el riesgo de vulnerar una vez más aquel endiablado reglamento que pendía sobre su cabeza como la espada de *Damocles*...

Sacó una llave maestra del bolsillo y forcejeó en la cerradura hasta que esta cedió. Se coló en el interior y cerró de nuevo cuidadosamente.

Todo estaba sumido en penumbra, con las cortinas de las ventanas corridas. Apartó las primeras que encontró, para orientarse. Vio un bolso de mujer y unos guantes sobre una mesa. Al acercarse, advirtió que solamente había «un» guante.

Perplejo, estuvo unos instantes quieto, escuchando. Sólo el rumor del tránsito, allá abajo, turbaba el silencio que reinaba en el apartamento.

Se deslizó hacia la primera puerta que se encontraba a su derecha. Penetró en un oscuro dormitorio. Descorrió las cortinas con ademán impaciente y se volvió.

Dio un salto al ver a la mujer tendida en la cama. Un escalofrío le recorrió de arriba abajo igual que una descarga eléctrica, porque si ella despertaba podía considerarse cesante sin apelación alguna.

Entonces advirtió la extraña postura del cuerpo, y le pareció que los ojos no estaban cerrados del todo, como si estuviera mirando a través de los párpados entornados. También las ropas estaban en desorden... y

llevaba puesto «un» guante.

De un brinco estuvo al lado de la cama, inclinándose sobre ella.

La mujer no despertaría jamás. Estaba muerta y las señales en su cuello delataban la manera como había sido asesinada.

La imagen del hombre alto y apresurado que había cruzado el vestíbulo al entrar él volvió a su mente. Fue un pensamiento confuso, porque en realidad su cerebro metódico estaba trabajando a toda presión.

Dio un rápido vistazo a la habitación. Era un dormitorio de mujer, con mil detalles femeninos por todas partes. El armario contenía una gran cantidad de ropa de calidad. Los perfumes del tocador eran caros, muy costosos...

Volvió a mirar a la mujer. Maude Enefer. Sacudí la cabeza. Aquella muerte era el pago por su colaboración en el rapto. No obstante, lo lamentó. Hubiera sido una gran cosa cazarla viva.

Salió y siguió revisando el piso. Vio otra salita en la cual había un gran diván con unos almohadones de colores caídos en el suelo. Después, regreso adonde había visto el bolso y lo abrió.

Contenía toda la colección de chucherías que cabe esperar que una mujer lleve en su cartera. Pero nada de todo aquello podía servirle de maldita la cosa.

Entonces abrió la pequeña libreta de direcciones. Leyó algunas, entre ellas la de John Cobb. Iba a ser una tarea larga y rutinaria interrogar a toda aquella gente, y probablemente para no obtener resultado alguno...

Cuando se disponía a dejarla otra vez vio la punta del papel que asomaba detrás de las últimas páginas. Tiró de él y lo sacó.

Era un recibo por el alquiler de un apartamento. Llevaba fecha de tres semanas atrás y el alquiler cubría un trimestre.

Sólo que la dirección no era la del piso en que se aliaba. ¿Para qué quería una mujer como Maude otro apartamento?

Se guardó el recibo, dejó la libretita y acabó de examinar todas las habitaciones, aunque acuciado por las prisas.

No pudo encontrar ni un indicio que le sirviera para rada.

Debía llamar a la policía, puesto que el caso pertenecía por entero a la Brigada de Homicidios. Pero había un rapto de por medio, y si el asesino era el secuestrador, se alarmaría hasta lo indecible al ver que la policía intervenía...

Cuando abandonó el edificio se había saltado una vez más los reglamentos. La llamada a la policía tendría pe esperar.

* * *

John Cobb tomó la llave de manos del director. La redonda y gruesa puerta de acero que tenía ante sí parecía tan inviolable como un acorazado. No obstante, iba a ser vaciada aquella misma noche...

Insertó la llave en la cerradura especial. Le dio la vuelta y encontró ciertas dificultades para sacarla. Sus dedos temblaban demasiado.

El director gruñó:

—¿Qué le pasa a usted, Cobb?

—Lo siento, señor. No me siento muy bien esta tarde...

—Debe cuidarse. Es esencial para su trabajo.

—Sí, sí, lo haré...

Esforzándose para mantenerse lo más sereno posible, Cobb manipuló los diales de la combinación. La gran puerta giró en silencio, dejando ver el brillante interior de la bóveda acorazada.

Los dos jóvenes ayudantes se apresuraron a pasarles los cajones metálicos que contenían el dinero. Había una impresionante cantidad de billetes cuidadosamente ordenados en otros cajones similares insertados en sus engarces.

Desde la entrada, el director observaba la operación con la atención de rutina. Cuando estuvo terminada esperó a que todos estuvieran fuera de la cámara para pulsar el botón que ponía en movimiento la puerta de dos toneladas.

Cobb manipuló otra vez los diales. Al fin, insertó la llave y le dio la vuelta. Al sacarla de la cerradura se deslizó de sus dedos y cayó al suelo.

Se inclinó, murmurando una disculpa. Al agacharse quedó casi de espaldas a los demás. Cuando se irguió, la llave estaba entre sus dedos. La tendió al director, el cual la tomó sin dedicarle ni una mirada, y todos, uno tras otro, abandonaron el sótano, apagando las luces, dejando solamente la lámpara piloto al pie de las escaleras.

Quince minutos más tarde, John Cobb conducía su viejo auto hacia su casa. Por dos veces estuvo a punto de provocar un accidente porque le parecía tener un velo ante su mirada. Apenas veía, y el corazón le golpeaba brutalmente en el pecho.

Era el fin, su ruina moral y material... Esa idea no se apartaba de su mente ni un instante.

Aparcó el coche como de costumbre. Extrajo un rollo de cinta adhesiva y fijó la llavecita a la rueda del volante. Hizo lo mismo con un pequeño papel cuidadosamente doblado y se dirigió a la casa andando como un hombre que hubiera envejecido veinte años en unos minutos.

Apenas había entrado en la casa, una sombra se destacó de otros coches aparcados. El hombre alto anduvo resueltamente, entró en el de Cobb como si le perteneciera. Desprendió la llave y el papel y se alejó sin prisas, mezclándose entre la gente que se agolpaba en las aceras a esa hora bulliciosa en que todos los comercios cerraban sus puertas y riadas de empleados se precipitaban a la calle...

Era un viandante más.

Un transeúnte que iba a embolsarse más de setecientos mil dólares...

10

Anohecía cuando Ellen salió de su casa. Había intentado resistir la angustia y había fracasado. Debía hablar con John y aclararlo todo, saber qué había sucedido, qué iban a hacer con la niña y qué esperaban a cambio de la criatura... Era imposible permanecer más tiempo sola, dejándose ganar por el desespero.

Entonces, en la acera, Charles Wade le salió al encuentro. Se detuvo, impaciente.

—¿Te espera él también esta noche, Ellen?

—Charles, por favor, tengo prisa...

—¿Por reunirse con tu apasionado galán?

—Voy a casa de John, eso es todo.

—¿Y «él», no temes que se impaciente?

Ella le miró, irguiéndose, desafiante.

—Esto ha llegado demasiado lejos, Charles —le espetó—. Amo a ese hombre, y me casaré con él cuando lo disponga, de manera que es absurdo que me importunes más. Espero que quede bastante claro para lo sucesivo.

—Yo no estaría tan seguro de esa boda... ¿Has olvidado que te amo, preciosidad?

—Estás loco.

—Seguro, nena, loco por ti. Haré cualquier cosa porque seas mía... cualquier cosa.

Ella sintió un escalofrío. No por las palabras en sí, sino por el tono helado con que habían sido dichas.

—Sólo te buscarás dificultades, Charles —dijo entre dientes—, y me las buscarás a mí.

—Y a «él», por supuesto.

Cansada e impaciente, Ellen murmuró:

—Haz lo que quieras. Te encontrarás con lo que mereces.

Se apartó de él y prosiguió por la acera resueltamente. Por un instante pareció que Charles Wade iba a cerrarle el paso. Luego desistió y la vio marchar con una mirada helada en sus ojos hundidos. Después, él también se alejó en dirección contraria.

Desde un coche aparcado muy cerca, un hombre había contemplado la escena lleno de curiosidad, pero sin mover un solo músculo. Sólo se

obsesaló un poco cuando advirtió que, un poco más adelante, se abría la puerta de un coche y Gordon Halliday saltaba fuera de él, precipitándose tras de la muchacha.

—¡Ellen!

Ella se volvió en redondo.

—¡Gordon!

La abrazó y sus labios se encontraron brevemente.

—¿Lo has visto? —jadeó la muchacha, al separarse.

—Sí. ¿Quién es ese tipo?

—Charles Wade. Vive cerca de aquí. El cree que tiene ciertos derechos sobre mí.

—Espera un minuto. ¿Dónde trabaja ese Wade?

—En el Banco de John.

—Y cree tener derechos sobre ti, ¿eh?

—Hasta hace poco fuimos buenos amigos. Habíamos salido un par de veces juntos, pero él creyó que eso era suficiente para considerarme de su exclusiva propiedad.

—Ya veo...

—¿Qué te pasa, Gordon?

Él la miró larga y profundamente.

—¿A dónde ibas? —preguntó en lugar de responder.

—A casa de John. No podía soportar más esta incertidumbre... ¿Has averiguado algo?

—Creo que sí. Mejor dicho, casi estoy seguro de quién está detrás de este asunto.

—¿Y la niña?

—Tal vez pueda rescatarla antes que sea demasiado tarde. Ahora escucha; reúnete con tu cuñado. No te muevas de su lado y dile que no responda al teléfono bajo ningún concepto. Si suena que lo deje desgañitarse. ¿Entendido?

—Sí...

—Tampoco abrirá la puerta a nadie que no sea yo. Eso es muy importante.

—Haré lo que tú digas, querido...

—Y no debes hablarle de mí. Si sabe que un agente federal ha entrado en el caso se asustará temiendo por la niña. Déjalo todo en mis manos, Ellen... Esta noche habrá terminado la pesadilla.

—Tengo absoluta confianza en ti, amor... pero ten mucho cuidado. Ahora tienes que pensar en mí también.

—¿Crees que no lo hago?

Sonrió. Fue una sonrisa que devolvió la confianza a la muchacha.

Después de besarla suavemente, regresó a su coche mientras ella entraba en la casa de John Cobb.

Gordon no advirtió que otro se apartaba de la acera al mismo tiempo que él. No tenía ningún motivo para temer una persecución, de modo que condujo normalmente hasta la calle Bourbon y estacionó donde pudo.

La casa que buscaba era de nueva planta, lujosa sin estridencias. El alquiler debía costar un buen puñado de billetes.

Pasó delante del conserje sin detenerse. El hombre le miró distraídamente y luego volvió a ocuparse de la página del periódico dedicada a las carreras de caballos.

Gordon se detuvo ante la puerta del piso que constaba en el recibo de alquiler hallado en el bolso de Maude Enefer. Titubeó un instante porque era imposible adivinar quién estaría allí dentro. Si el raptor tenía cómplices la cosa iba a resultar muy difícil, y peligrosa para la criatura.

Decidió que si preguntaban su identidad adoptaría la de inspector del Departamento de Higiene. Eso siempre daba resultado en los apartamentos nuevos porque todo el mundo sabía que eran sometidos a una serie interminable de inspecciones y comprobaciones técnicas.

De modo que pulsó el timbre. Mientras aguardaba, trasladó la gran automática de que se había provisto desde la funda axilar al bolsillo lateral de la chaqueta.

Oyó unos pasos vivos al otro lado y la puerta se abrió. Parpadeó al ver a la impecable enfermera vestida de blanco, cuya tez pálida era tan fina como la seda.

—Hola —dijo, colándose al interior.

—¡Eh, un momento! ¿Quién es usted? No tiene derecho a entrar aquí.

—¿De qué está hablando? Estoy seguro que él le ha hablado de mí.

—¿El señor Morton?

—Claro. ¿Quién otro iba a ser?

—Comprendo... Usted es el señor Gibson, el padre de la pequeña...

—Justamente. Ya sabía yo que esa cabeza loca le habría hablado de mí...

—Pero usted estaba fuera de la ciudad —exclamó la enfermera, perpleja—. Dijo que estaría ausente por lo menos una semana.

—Todo se arregló mucho mejor de lo que habla sospechado. Le aseguro que me alegré mucho de ello, porque me he acostumbrado tanto a la compañía de la niña que no sé vivir sin ella.

—Es comprensible, no teniendo a nadie más con quien compartir su cariño.

—He venido a llevármela, por supuesto. ¿Dónde está?

—Acabo de acostarla... Sin embargo no sé si debo autorizarle a llevársela sin conocimiento del señor Morton...

—Por supuesto que sí. Es mi hija, ¿no?

—Sí, claro... aunque es usted muy joven.

El hizo un gesto de impaciencia. Tal vez fue eso lo que estropeó la cosa,

porque la enfermera le espetó:

—Déjeme ver su documentación, por favor. Quiero salvar mi responsabilidad, usted sabe...

—¿Pero qué demonios...?

—No le dejaré acercarse a la niña si no se identifica antes.

Gordon suspiró. No le quedaba más remedio que hacer las cosas por la vía legal.

—Okey, pero va a llevarse una sorpresa.

Extrajo el pequeño estuche en el cual brillaba su credencial y lo colocó bajo las narices de la linda enfermera.

—Si quiere ver mi credencial también... y mi permiso de conducir, aquí los tiene.

—¡Un agente federal...!

—Justamente. La niña que usted ha estado cuidando me raptada por ese individuo que se hace llamar Morrón. Voy a llevármela ahora, sin escándalo ni publicidad de ninguna especie. Usted colaborará, ¿no es cierto?

—¡Dios mío, es horrible...! ¡Un rapto!

—Ni más ni menos.

—Pero si él vuelve...

—No vendrá hasta que haya terminado lo que se propone hacer esta noche, y para entonces tendrá otras cosas más importantes de qué ocuparse. Vamos, démonos prisa.

La enfermera corrió a la habitación donde la chiquilla estaba dormida. La envolvió en la misma ropa de la cama y se reunió con Gordon, dispuesta a acompañarlo.

—Es mejor que la lleve yo. Usted váyase a casa, pero deberá presentarse mañana por la mañana en nuestras oficinas para firmar una declaración. ¿Cuál es su nombre?

Ella le mostró su documentación profesional. El asintió con un gesto, se sintió un tanto incómodo con la dormida criatura en brazos, y ambos abandonaron el apartamento.

La depositó cuidadosamente en el asiento. La enfermera rezongó:

—Se caerá en cuanto frene usted. Deje, le acompañaré...

Aceptó porque comprendió que ella tenía razón, de manera que condujo apresuradamente rumbo al domicilio de Cobb. Estaba satisfecho de sí mismo. Había vulnerado algunos reglamentos, pero había valido la pena.

Tampoco en ese recorrido advirtió el coche que seguía pegado a su cola de manera implacable.

Fue Ellen quien abrió la puerta, después de oír la voz de Gordon. John Cobb estaba detrás de la hermosa muchacha, y no pudo contener un sollozo cuando vio a la niña dormida en brazos de la enfermera.

—Bueno, no vaya a despertarla ahora —gruñó el agente federal, viendo cómo se abrazaba a la criatura—. No deseo que nos dé un concierto todavía...

—Yo puedo quedarme para cuidar de ella de momento —ofreció la enfermera.

Cobb la miró agradecido. Ella le sonrió. Al federal se le antojó que las pálidas mejillas del cajero se coloreaban ante aquel despliegue de seducción femenina.

Sonrió, dio un último vistazo a la pequeña y se dispuso a marchar una vez más.

Sólo que Cobb le detuvo.

—¿Qué va a hacer ahora? Debemos avisar a la policía. Ya no pueden hacer ningún daño a mí pequeña...

—La policía soy yo, señor Cobb.

Este casi se cayó de espaldas al ver la conocida insignia federal.

—¡Un *G-man*...! —murmuró, estupefacto—. ¿Cómo supo que mi hija había sido raptada?

—Usted mismo se delató, pero eso es largo de contar. Están esperándome en otra parte y no puedo perder un minuto.

Se dirigió a la salida. Ellen corrió tras él.

—¡Gordon!

—Quédate aquí. Volveré.

—¿No crees que ya has hecho bastante? Pide ayuda a tus compañeros... ahora, tal como ha dicho John, la niña ya está a salvo...

—No puedo pedir ayuda a estas alturas. Me obligarían a explicar el asunto desde el principio y, aparte de que me harían comer mi chapa, perderíamos un tiempo precioso. No te preocupes, todo saldrá bien...

—Tengo tanto miedo...

El inclinó la cabeza y la besó larga y apasionadamente. Después, antes que ella atinara a reaccionar, abrió la puerta y desapareció.

11

No fue muy lejos, apenas dos manzanas de la misma calle. Allí entró en una casa de apartamentos, leyó los tarjetones expuestos en un marco de madera y al fin pulsó el timbre del encargado.

Fue una mujer de mediana edad quien apareció por unas escaleras que conducían al sótano.

—¿No es muy tarde para que venga molestando, joven? —le espetó la mujer, deteniéndose en el último escalón, jadeando por el esfuerzo—. Si vende algo, sea lo que sea, no me interesa.

Gordon le sonrió.

—Tiene usted un genio endiablado, señora —comentó con sorna, mientras sacaba el estuche de piel—. No quiero venderle nada, como no sean emociones.

—¿Qué? No veo dónde está el chiste...

El abrió el estuche. Su emblema recibió la luz de la solitaria bombilla y despidió dorados destellos.

—FBI —dijo.

La mujer le miró, estupefacta.

—¡Un agente federal! —exclamó—. Es el primero que veo en carne y hueso. Los de la televisión no cuentan, claro... ¿Qué pasa, joven?

—Mi nombre es Halliday. Deseo que me acompañe a uno de los apartamentos con su llave maestra.

—Oiga, eso me parece irregular. ¿No se necesita un mandamiento judicial para abrir un domicilio privado?

—Eso es lo que manda la ley, señora, pero no tengo tiempo para procurármelo. Estoy dispuesto a cargar con la responsabilidad...

—Mire yo...

—O puedo ir a buscar ese mandamiento, pero entonces armaré un escándalo tal que usted tendrá que taparse los oídos para no quedar sorda. Incluso los reporteros vendrán a meter las narices aquí hasta que la vuelvan loca.

—Usted manda, joven —rezongó la mujer, moviendo la cabeza. Acabó

de aproximarse a Gordon, al que miró con ojos chispeantes—. ¿Qué apartamento es el que le interesa?

—El de Charles Wade.

—¿El empleado del Banco?

—Justamente.

—No me diga que van a detenerlo. Es un chico excelente, respetuoso y amable...

—Le apuesto a que es todo lo que usted dice, pero si no estoy equivocado, es además un granuja de tamaño natural. ¿Vamos?

—No puedo creerlo... Si es un chiquillo... no tiene más de veintiún años...

—Ha habido asesinos de quince, señora.

Ella ya no replicó. Subieron en el ascensor hasta la quinta planta, una de cuyas puertas abrió la encargada con una llave que sacó de las profundidades de sus bolsillos.

El apartamento olía a tabaco rancio y a *whisky*. Anochecía y el interior estaba sumido en penumbra, de modo que Gordon encendió las luces y cerró la puerta. La mujer murmuró:

—Si él llega y nos encuentra aquí...

—Wade está demasiado ocupado en estos momentos para presentarse aquí...

Recorrió en un instante todas las dependencias. Había un cierto desorden, común en un piso de soltero. Revistas frívolas adornaban todos los rincones. Fotografías de mujeres ligeras de ropa, libros poco recomendables y prendas de ropa en los respaldos de las sillas.

La mujer gruñó:

—No puede decirse que sea un hombre ordenado...

En el dormitorio, sobre la cama, había una maleta cerrada. Gordon sonrió.

Forzó la cerradura y al abrirla vio que contenía las prendas de ropa imprescindibles para un viaje rápido. Masculló entre dientes:

—El tipo piensa comprarse equipo nuevo en el lugar donde se dirija...

—No me habló de ningún viaje...

—Señora, ese es uno de los viajes que menos se pregonan.

Revolvió las ropas, esparciéndolas por la cama. En una bolsa lateral de la maleta halló un pasaporte en regla, con los sellos y visados necesarios para entrar en todas las partes de América del Sur. Estaba extendido a nombre de Marten Treat, pero la fotografía era de Charles Wade sin la menor duda.

Y aquella fotografía correspondía también al hombre que viera salir de la casa donde Maude Enefer había sido asesinada...

Gordon se guardó el documento en el bolsillo.

—Eso es lo que esperaba encontrar —gruñó—. Ya podemos salir de

aquí.

—¿Va a detenerlo?

—Con toda seguridad. Ya puede usted empezar a preocuparse de alquilar el piso de nuevo, porque Charles Wade no volverá a ocuparlo jamás.

—Es increíble... Cómo supo engañarnos a todos...

Los demás vecinos estaban satisfechos con él porque jamás escandalizaba, y era atento con todos...

Gordon la dejó que siguiera lamentándose y abandonó el edificio acuciado por las prisas. Todavía quedaba lo más importante...

Condujo el coche a toda velocidad hasta las inmediaciones del Banco, donde estacionó sin preocuparse de cómo quedaba el auto. Tras esto anduvo a buen paso hasta detenerse ante la sólida puerta del Banco.

Estaba bien cerrada. Debía existir otra entrada y se arrepintió de no habérselo preguntado a John Cobb...

Rodeó la esquina formada por el edificio. Aquella era una callejuela lateral en la que se abrían sórdidos comercios y tabernas de mala fama. Los comercios habían cerrado, y de las tabernas brotaba una luz amarillenta que se desparramaba por la acera.

Se deslizó a lo largo de la pared del Banco. Tal como había supuesto, había una puerta de hierro pequeña.

Gordon Halliday titubeó unos segundos. Comenzaba a darse cuenta que emprender semejante expedición solo, sin el consentimiento del jefe de la Oficina Local era una completa insensatez. Si fracasaba podría verse acusado formalmente ante los tribunales. Y, por otra parte, se dio cuenta de que ya había llegado demasiado lejos para pedir ayuda a estas alturas, por cuanto tendría que explicar lo que, hasta el momento, había hecho ya sin autorización de nadie.

En cambio, presentado el caso cerrado satisfactoriamente, no tendrían más salida que felicitarlo.

Justamente. Felicitarlo.

Hundió la mano bajo la solapa y acarició la culata de la automática. Ojalá no se viera obligado a usarla. Una sarta de tiros y sangre derramada complicaría mucho más lo que ya estaba bastante enredado.

Una pareja se acercaba por la acera. Gordon sacó un cigarrillo y lo dejó colgando de los labios, mientras simulaba buscar las cerillas.

La pareja pasó muy cerca de él. Hablaban en susurros. Gordon esperó a que se alejaran lo suficiente para intentar entrar al Banco, pero los dos jóvenes apenas dieron unos pasos más adelante.

El agente federal contuvo su impaciencia. Encendió el cigarrillo.

La pareja seguía allí. Vio que se abrazaban y sus caras se juntaron. La muchacha dejó escapar una leve risita, que quedó ahogada cuando él la besó.

Gordon rechinó los dientes. Podrían hacerse el amor en otro lugar cualquiera... ¿Es que iban a pasarse allí toda la noche?

Al otro lado de la calle se abrió la puerta de una taberna. Dos hombres salieron de ella. No estaban muy seguros sobre sus piernas.

La pareja, aislados de cuanto les rodeaba, continuaban estrechamente unidos. El agente federal trataba de decidirse a ahuyentarlos cuando uno de los borrachos los descubrió y soltó una risotada.

Señalándolos a su compañero, gritó con voz ronca:

—¡Eh, chico! ¿Necesitas ayuda?

Los dos se rieron. La parejita dieron un respingo y echaron a andar apresuradamente. Los dos borrachos también se alejaron, entre risotadas y comentarios obscenos.

Gordon suspiró. Pegado al quicio de la entrada, tanteó la puerta con cuidado hasta comprobar que se abrió silenciosamente.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo dentro, volviendo a cerrar con cuidado tal como estaba antes. Después trató de orientarse en la oscuridad.

Hubo de valerse de una diminuta linterna eléctrica. El delgado rayo de luz le reveló un largo pasillo con dos puertas a cada lado y otra de cristales al fondo. Tras esta estaban las dependencias públicas del Banco, pero al acercarse descubrió también el inicio de una escalera que bajaba a los sótanos. Abajo, donde debía quedar el final de los peldaños brillaba una luz piloto.

Gordon apagó la linterna y escuchó conteniendo el aliento. Tras unos instantes de absoluto silencio, oyó el sonido metálico de una gaveta deslizándose por sus guías. Sonrió en la oscuridad.

Con un cuidado infinito empezó a descender peldaño a peldaño. Empuñó la pistola al mismo tiempo, aunque no tenía deseos de usarla. No tratándose de un criminal profesional tal vez se rindiera sin lucha... Aunque, pensándolo bien, había cometido un asesinato y un rapto. Eso significaba pena de muerte...

Decididamente, no se entregaría sin lucha.

Siguió descendiendo en completo silencio.

De pronto se detuvo en seco. Le pareció que alguien se había movido arriba, sobre su cabeza. Aguzó el oído, pero no hubo ningún ruido.

Maldiciéndose por dejarse dominar por los nervios, reanudó el descenso hasta que pudo distinguir parte del sótano y la luz piloto en el techo.

No despejaba las sombras del espacioso recinto, pero tampoco era necesario puesto que el brillante resplandor procedente del interior de la cámara acorazada suplía toda otra ausencia de luz.

Gordon se detuvo en el último escalón, silencioso como un fantasma. Contempló la enorme puerta redonda abierta. Una sombra se agitaba en el interior de la bóveda, pero debido a su posición no pudo distinguir al hombre.

Apretó la pistola y aguardó, sintiendo los duros latidos del corazón repercutirle en las sienes.

El gran momento había llegado.

12

Sólo estaba encendida la luz piloto de la escalera. No obstante, el resplandor que brotaba del interior de la cámara acorazada era suficiente para ver con claridad.

Dentro de la bóveda, el hombre se apresuraba a vaciar las gavetas metálicas, llenando dos sacos de lona con los gruesos fajos de billetes.

Sus movimientos eran precisos, medidos. No desperdiciaba un solo segundo. No obstante, no podía evitar el ligero temblor de sus manos ante tanto dinero, una riqueza que era suya. Iba a vivir como un rajá, en cualquier país lejano donde no pudieran localizarle jamás...

Terminó la tarea en escasos minutos. Cerró los dos sacos apretando los cordones, los ató y con uno en cada mano salió de la cámara acorazada.

Había habido momentos en que dudó del éxito de su plan, pero ahora había triunfado. Sería cosa de leer los titulares de los periódicos... El robo del siglo...

Cerró la pesada puerta dejando la llave en el suelo, frente a la masa de acero que cerraba ahora una cámara vacía.

Se volvió, cargado con los sacos. Entonces vio al hombre plantado en el último escalón y estuvo a punto de caer de espaldas.

El desconocido se cubría con un sombrero gris y empuñaba una mortífera «Parabellum» de largo cañón.

—Una buena cosecha, Wade —comentó el hombre.

Entonces, cuando bajó el último escalón y la luz disipó las sombras proyectadas por el sombrero le reconoció.

—¡Usted! —jadeó.

—Charles Wade —machacó el otro—. El enamorado jovenzuelo de las ideas geniales. Suelte esos sacos, compañero.

Los dejó caer al suelo, incapaz de reaccionar, tanta era su sorpresa.

—¿Cómo supo...?

—No te canses. Tendrás tiempo sobrado de hablar cuando llegue el momento. Ahora retrocede hacia la pared y mucho cuidado con lo que haces.

—Mire, hay dinero suficiente para los dos... Más de setecientos mil dólares... Mitad y mitad. Podrá vivir como un rey...

—En el infierno.

—Comprendo —Wade rechinó los dientes—. Lo quiere todo... Tres cuartos de millón y Ellen como propina. ¿Qué piensa hacer con ella,

llevarla de paseo con toda la policía del país pegada a sus talones?

—¿No es lo que pensabas hacer tú acaso?

—Pero yo lo tenía todo perfectamente planeado. La hubiera obligado a seguirme. Incluso la salida del país está asegurada...

—Lo mismo podría hacer yo, ¿no crees? Sólo que no voy a hacerlo, estúpido. No habría rincón en el mundo donde pudiese vivir con ese dinero, sin ver fantasmas por todas partes. ¿Crees que la policía es idiota? Ibas a dejar un rastro tan ancho como una autopista.

Gordon avanzó precavidamente. Con el pie reunió los dos sacos, apartándolos a un lado.

—Ahora vas a volverte de cara a la pared, muchacho. Apoya las manos en ella y retrocede un par de pasos... Quiero estar seguro de que no vas a darme un susto cuando menos lo espere.

—Mire, llévese el dinero y olvídense de mí. No diré una palabra porque sería tanto como comprometerme yo también, pero déjeme en paz...

—Seguro —rio el federal.

—¡Hay tres cuartos de millón esperándole! ¿No se da cuenta?

—Ya lo creo que me doy cuenta. Mucho dinero, ¿eh? Demasiado dinero... ¡Cara a la pared, Wade!

Este obedeció, rechinando los dientes. Gordon avanzó un paso hacia él dispuesto a cachearlo.

Sólo que entonces los acontecimientos se torcieron.

Una voz ordenó:

—¡Deje caer la pistola, Halliday, o le abraso!

Quedó inmóvil, maldiciéndose cordialmente. Había dado por supuesto que Wade trabajaba solo. Debió haber previsto que contaba con un socio... Decididamente, el jefe tenía razón al tacharle de novato... Tenía mucho que aprender.

Sólo que, tal como se presentaban los acontecimientos, no iban a darle tiempo para aprendizaje alguno.

La voz repitió:

—¡La pistola, rápido!

Ladeó la cabeza. Vio una figura corpulenta en las escaleras. Un revólver del «38» le apuntaba sin titubear.

Abrió los dedos y dejó caer la automática. Instantáneamente, Wade se le echó encima y le descargó un golpe en el pómulo que le arrojó de espaldas.

La voz, desde las escaleras, gritó:

—¡Usted, quieto o le mato también!

Wade se inmovilizó. Gordon sacudió la cabeza y miró al intruso.

Sintió un escalofrío al reconocerlo.

—¡Jagger! —masculló entre dientes.

El hombre que había asaltado el camerino de Ellen empezó a reír. Fue

una risa extraña por cuanto le faltaban algunos dientes. Su rostro era un mapa de apósitos y parches, el mayor de los cuales le cubría la nariz rota.

—¿Creeías que iba a conformarme con la paliza? He seguido tus pasos, maldito, esperando la oportunidad de llenarte de plomo. ¿Y qué es lo que me encuentro? Nada menos que tres cuartos de millón esperando una mano lo bastante fuerte para llevárselos. Es mi día de la suerte...

—No toque ese dinero, Jagger, si quiere vivir.

—¡Qué cosas! —se echó a reír—. Usted, Wade, o como se llame, retroceda adonde estaba antes y mucho cuidado con mover ni las pestañas.

Charles Wade, completamente desconcertado, retrocedió hasta encontrar la pared a sus espaldas. La risa brutal y ceceante de Jagger le daba escalofríos. Aquel hombre parecía un loco.

Gordon se levantó y quedó quieto, lejos de los sacos y de su pistola, que seguía en el suelo.

Jagger dijo:

—Va a ser un problema trasladar los dos sacos arriba con una sola mano... alguien tendrá que ayudarme.

—¡Yo lo haré! —chilló Wade—. Podemos ser socios. Lo tengo todo dispuesto para escapar del país. Lo haremos juntos y nos partiremos el botín. ¿Qué le parece?

—Diablos, no. Nunca hago negocios con socios como usted... Pero le permitiré llevar el dinero arriba, por supuesto. Será un homenaje a su brillante plan... Coja los sacos y suba las escaleras muy despacio cuando yo se lo ordene. Un paso precipitado y le llenaré de plomo.

Poco a poco Wade se acercó a los sacos de lona y esperó allí, mientras el cañón del revólver giraba en busca de Halliday.

—Aquí es donde terminaremos nuestro asunto, Halliday. Le deseo que el plomo le arda en las tripas durante horas, antes de que muera... Me destrozó el rostro, pero me dejó vivo. Eso fue un error.

—Ya me doy cuenta. Fue una lástima que yo no fuera un asesino como usted.

—Seguro que lo fue... una lástima para usted. Bueno, recuerdos al demonio, compañero...

Aquel fue el instante elegido por Wade para hacer un intento desesperado. Su mano voló a su axila y reapareció armada de un revólver.

Jagger advirtió demasiado tarde que Wade estaba moviéndose. Ladeó un poco la cabeza y recibió la bala en plena cara, mientras el estampido repercutía en el sótano como un trueno interminable.

El golpe del proyectil le impulsó hacia atrás. Se desplomó a poca distancia de Gordon, el cual había esperado algo semejante desde un principio. Así que estaba preparado y saltó en el aire aún antes que el gran corpachón de Jagger golpeará el suelo.

Wade apretó el gatillo una vez más, pero el disparo, precipitado, fue

demasiado alto. Tras esto recibió todo el impacto de aquel cuerpo lanzado como una bala de cañón.

Ambos rodaron uno encima de otro, golpeándose salvajemente. El revólver saltó de la mano del criminal y se deslizó hasta donde estaban los dos sacos con el botín.

Gordon se desprendió de las garras de Wade y se levantó de un brinco. Pero su enemigo no le andaba a la zaga en cuanto a agilidad, y además, luchaba con la ciega fuerza de la desesperación, por cuanto sabía que si no lograba escapar daría con sus huesos en la cámara de gas.

De modo que atacó como un toro enfurecido. Recibió un fuerte revés que no logró detenerle. En cambio, su derecha se hundió en el estómago del agente federal, tirándolo contra la pared.

Gordon jadeó como un fuelle y esperó el siguiente ataque.

Wade avanzó. Gruñía como un animal enfurecido.

Descargó otro mazazo, que el *G-man* esquivó, replicando a su vez con un directo que se incrustó en su boca como si quisiera salirle por la nuca.

Escupiendo sangre y dientes, Wade se revolvió como una centella. Logró cazar a su enemigo con un trallazo de izquierda que lanzó al federal dando traspiés. Tras él se fue repartiendo golpes brutales y ciegos.

Un terrible rodillazo en el hígado le paró en seco, doblándose y aullando. Un gancho de izquierda que se incrustó en su mentón le enderezó como un muñeco. Empezó a repartir manotazos a ciegas, loco de dolor.

Sintió un puño como una roca hundírsele en el cuello y sus aullidos cesaron de golpe. Después, aquel puño implacable le cazó cuando intentaba recobrar el equilibrio y salió dando tumbos hasta que la dura puerta de la cámara detuvo su carrera.

Quedó acurrucado en el suelo, gimiendo, con dolores de muerte en todo el cuerpo, dominado por el ciego furor de la derrota.

Oyó la voz del agente federal como si viniera de muy lejos.

—Si tienes bastante ya va siendo hora de que te estés quieto...

Trató de verlo, pero sus ojos tumefactos se cerraban por instantes y una niebla sucia parecía haberse extendido ante ellos. Sólo distinguió una vaga forma humana que se movía a poca distancia.

Aún trató de cazarlo con un salvaje puntapié, pero falló y en respuesta el mundo estalló bajo el impacto de un terrible mazazo, mientras millares de lucecillas parecían relampaguear en su cerebro. Cayó de bruces y ya no se movió.

Jadeando, Gordon recogió su arma, que enfundó, y tras esto se recostó en la pared, encendiendo un cigarrillo.

Seguro que habría que oír al jefe, pero afortunadamente, podría entregarle más de setecientos mil dólares y como propina un asesino y secuestrador...

—Tal vez me den una medalla —rezongó para sí, aspirando el humo del cigarrillo.

Entonces estalló el infierno sobre su cabeza. Pasos precipitados, carreras y voces secas repartiendo órdenes. Un tropel de gente se precipitó escaleras abajo.

Suspiró. La cosa iba a complicarse al fin y al cabo.

El primero que apareció, bajando los peldaños a saltos, fue un sargento de uniforme. Detrás de él, varios patrulleros irrumpieron en escena, todos con los revólveres en las manos.

El sargento bramó:

—¡Levante las manos, rápido!

—¿Otra vez? Escuche, esto ya ha durado demasiado. Me llamo Gordon Halliday. Soy agente federal. Puede comprobarlo si me permite sacar mi documentación sin freírme a tiros.

—Muy bien, muéstrela, pero cuidado con sacar nada que no sean sus documentos.

La confusión cesó en cuanto leyeron la credencial.

—Nos avisaron de la Central, señor —informó entonces—. Al parecer, alguien denunció que estaba cometiéndose un robo, aquí, en la bóveda acorazada del Banco. Casi no podíamos creerlo... ¿Quiénes son esos dos, los ladrones?

—No es tan sencillo. Permítame que telefonee primero, ¿quiere?

—Por supuesto.

Gordon subió en busca de un teléfono. Cuando logró comunicación con sus oficinas, se identificó y dio cuenta de lo ocurrido sin adornarlo con detalles.

La voz excitada de su comunicante, indagó:

—¿Quieres decir con eso que has resuelto un caso de rapto en veinticuatro horas, y evitado un robo de setecientos mil dólares?

—Poco más o menos. Tengo al secuestrador en mi poder, pero si no vienen pronto alguien de la oficina de la policía se lo llevará acusado de asesinato.

—¡Un momento! ¿Dónde has dicho que estás?

—En el Banco de Comercio.

—Okey, salimos inmediatamente.

Tardaron apenas diez minutos en irrumpir en el Banco. Para entonces, el director había sido avisado y la calle acordonada para alejar a los curiosos.

Tumbado en el despacho del director, Charles Wade estaba siendo atendido por un médico de la policía, cuyos gruñidos ponían de manifiesto lo que opinaba de los desperfectos del criminal.

Gordon se cansó de explicar el asunto. Después, con la llegada del director, la atención se desplazó de él, dejándole tranquilo.

Era lo que había estado esperando. Se deslizó hacia la salida.

A fin de cuentas, estaba citado con el jefe para la mañana siguiente... Hasta entonces, era un hombre libre, sin obligaciones. Si había resuelto aquel caso había sido casi en plan «amateur»...

De todas formas, habría que oír al viejo cuando soltara su discurso...

Pero valía la pena afrontar el riesgo, porque aquella noche le esperaba Ellen, y eso era lo más importante del mundo.

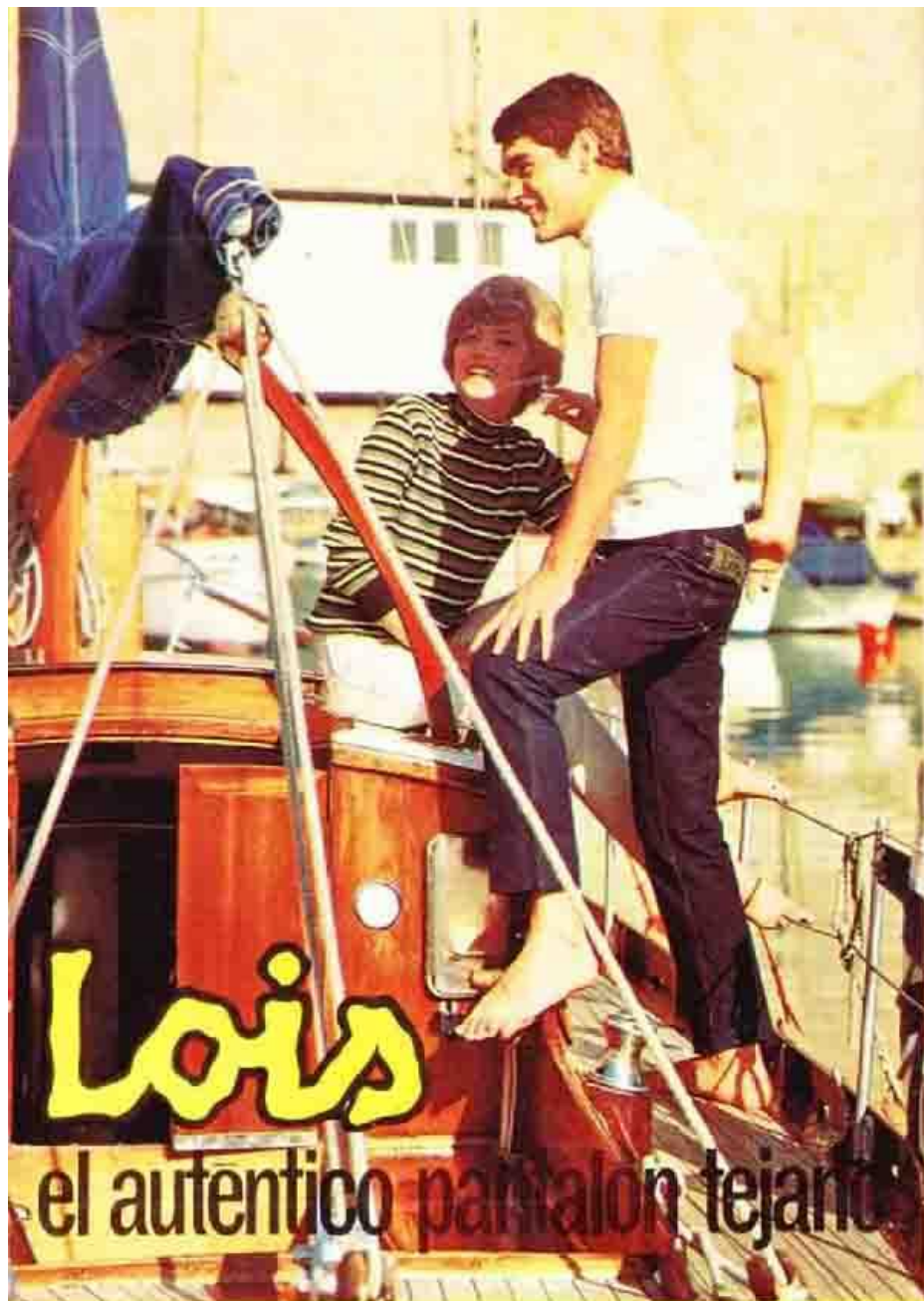
Por una mujer como ella estaba dispuesto a desafiar las iras del propio míster Hoover en persona, si alguna vez llegaba a verlo...

Salió a la calle, buscó su coche y se alejó.

La noche de violencia había terminado.

Empezaba la noche de amor.

F I N



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.